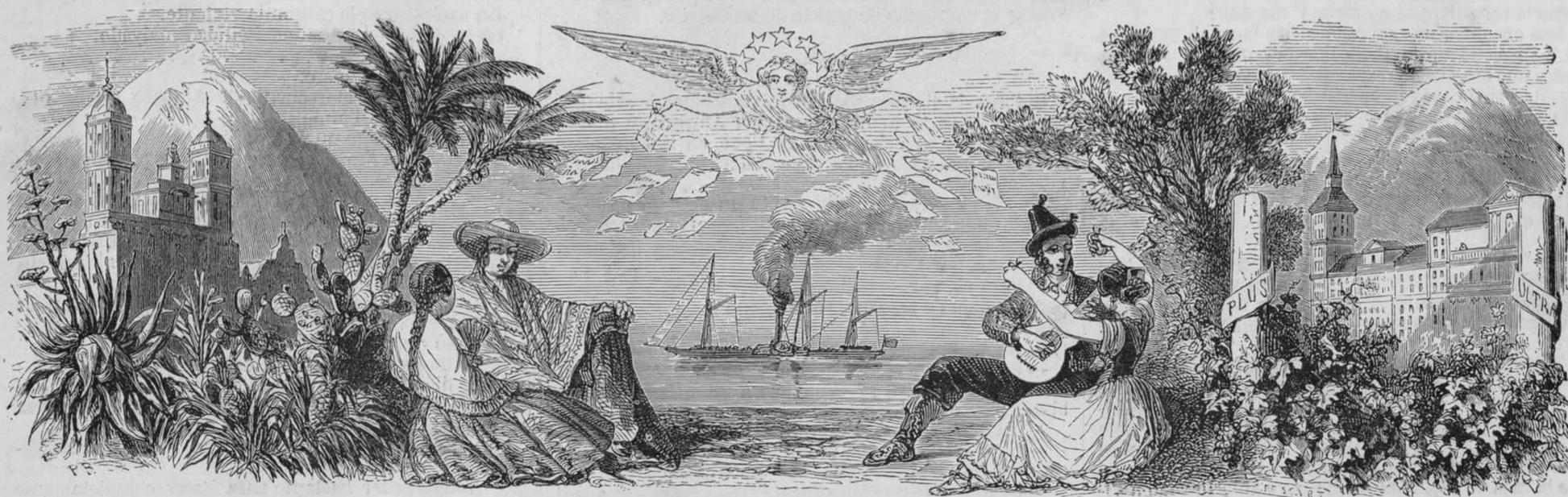


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1857. — TOMO X.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Administración general, calle del faubourg Montmartre, nº 10 en Paris

AÑO 16. — Nº 241.

SUMARIO.

Cortejo fúnebre de Beranger; grabado. — Amparo. — Hipódromo. Las canciones populares de Francia; gra-

bado. — El tiro federal de Berna; grabados. — Revista de Paris. — En el Daghestan; grabados. — Dalila. — Inauguración del nuevo canal del Durance; grabados. — Exposición de bellas artes de 1857; grabados. — Discurs-

os pronunciados en la Academia española. — Boletín científico — Inauguración de la estatua de Bichat en la facultad de medicina de Paris; grabado.



Cortejo fúnebre de Beranger.

AMPARO.

(MEMORIAS DE UN LOCO.)

(Continuacion)

Se sentó en un sillón, sacó una caja de pasta negra, me ofreció un polvo, tomó otro, y me dijo:

— Nos encontramos en una situación sobremanera extraña: una jóven, embellecida por Dios con cuantas virtudes pueden hacer respetable á una criatura, sola, pobre, desventurada, se encuentra entre nosotros dos; puesta primero bajo la proteccion espiritual de un pobre exclaustro, y amparada despues, de una manera noble, desinteresada, admirable, por un jóven rico, viciado en el gran mundo, casi impío, pero que tiene un excelente corazon. Pero he dicho mal: nuestra situacion no es extraña. ¡Nos ha reunido la providencia de Dios!

— En efecto; en el conocimiento de nosotros tres hay mucho de providencial, le dije, mas por ser cortés con el buen exclaustro, que porque yo creyese en la providencia. Ya he dicho antes que en aquella época era yo impío.

— ¡Pues ya lo creo! dijo, con el entusiasmo de un poeta, el padre Ambrosio; mi vida era triste, llena de sufrimientos, llena de recuerdos, combatida por pasiones que habia exacerbado la desgracia, y... si hace diez años no hubiera encontrado á mi paso á esa niña que se arrastraba sobre sus manecitas en los corredores de la casa de vecindad donde me habia llevado á vivir mi pobreza... Yo lo habia perdido todo; parientes, amigos, afectos, hasta la paz de mi celda, de la cual me arrojaron las necesidades de la nacion... La planta marchita y enferma que vegeta sobre un terreno ingrato, siente con delicia y parece reanimarse al soplo de las auras de la mañana. Yo, muy semejante á una planta enferma, sentí una impresion de consuelo un dia que, sentado al sol en la puerta de mi tabuco, sentí junto á mí, apoyando sus manecitas en mis rodillas, y sonriéndose (Dios me perdone) como deben sonreír los ángeles, una niña de cuatro á cinco años. — Era Amparo. — Necesitaba afectos, y mi alma se volvió á aquella existencia pura, á aquella niña que estaba muy pobremente vestida, enflaquecida por el hambre. Supe que no tenia padres, que estaba en poder de una mujer de la misma vecindad, que la habia encontrado en la calle. Y aquel desamparo de la infancia, aquella miseria en un ser tan débil, me hicieron concebir el mismo pensamiento que Vd. concibió cuando la encontró en medio de la noche recogiendo trapos. He hecho... cuanto he podido... en cambio ella ha sido para mí acaso la salvacion de mi alma, porque estaba desesperado... y Amparo ha sido para mí un amparo de Dios, porque me ha obligado á amarla; porque amándola he llenado mi corazon con un afecto, y he podido consolarme y esperar con resignacion el fin de mi jornada.

— Creo que Amparo ha ejercido sobre mi una influencia muy semejante á la que ha ejercido sobre Vd.

— ¡Oh, sí! me ha bastado con lo que Amparo me ha dicho de Vd., y con verle despues una sola vez, para comprenderle: tiene Vd. el alma virgen, sedienta, cansada de un mundo donde no vive bien; hastiada de todo; escéptica, porque ha perdido la esperanza, y ha encontrado Vd. en Amparo algo de lo que buscaba y no habia podido encontrar. ¡Lo ha encontrado Vd. de noche, recogiendo los despojos del lujo y de la miseria, teniendo por único amigo un perro, por único amparo Dios! Y porque tiene Vd. el alma virgen y llena de entusiasmo y de sentimiento, ha hecho Vd. lo que nadie hubiera hecho; y porque Dios quiere que crea Vd. en él, le ha presentado á Vd. de la manera mas bella el dulce consuelo de la expansion de la caridad.

— ¿Que Dios quiere que crea en él? dije moviendo tristemente la cabeza; quisiera creer; envidia á los que creen. Y ya que como Vd. dice nos ha reunido la providencia, sea Vd. mi misionero en buena hora. Le prometo escucharle y...

— No seré yo quien haga á Vd. creer en Dios, me dijo solemnemente el padre Ambrosio, ¡será ella!

— ¡Oh, acaso! El afecto que me inspira es profundo. Pero dejando el terreno en que nos hemos metido, y en el cual tendremos lugar de volver á entrar, porque nuestro conocimiento será largo y nuestro trato frecuente, vengamos á la situacion del momento. Mis proyectos respecto á Amparo, se reducen á arrancarla legalmente del dominio de esa mujer; yo habia pensado adoptarla, pero soy demasiado jóven y me ha parecido mejor que la adopte Vd. legalmente.

— ¡Oh, sí! despues de lo que ha acontecido hoy á esa infeliz, yo la hubiera adoptado de todos modos.

— Después quiero perfeccionar su educacion, poniéndola á nivel de las jóvenes de nuestro gran mundo; casarla despues de una manera brillante, á beneficio de un magnífico dote...

— Dejemos obrar á la providencia, me interrumpió el exclaustro; yo la adopto y acepto para ahora la proteccion de Vd.; y puesto que Vd. rechaza, como rechazo yo, la idea del claustró, que se la habia metido de una manera tenaz en la cabeza, entre en buen hora en un colegio: afortunadamente soy confesor de un matrimonio muy digno; él es un antiguo y honrado cobachuelista; ella, antes de casarse, fué maestra de niñas en una ciudad de provincia, y hace algunos años, despues de casada, tiene en Madrid un colegio de señoritas, que poco á poco ha ido desarrollándose y que es al fin uno de los mas favorecidos. Esta es cosa concluida, aceptada. Ella lo resistía; pero yo que pienso que el me-

yor uso que puede hacer un hombre de su fortuna es favorecer á sus semejantes, la he convencido.

— Pues en ese caso, le dije, voy á principiar desde el momento.

El padre Ambrosio se quedó en casa, autorizando en ella la presencia de Amparo, y yo, despues de informarme por ella de la habitacion de la Adela, me fui á buscar al comisario de policia de su distrito.

Después de algunas soeces equivocaciones de este funcionario respecto á mi interés por Amparo, á quien, no sé porqué conocia, entré de lleno en la exposicion del objeto que me llevaba por primera vez á tratar con tales gentes.

Quería yo evitar de todo punto un ruidoso procedimiento judicial, para arrancar á Amparo del dominio de aquella malvada, y cuando el comisario me hubo escuchado, me dijo:

— Pues es muy sencillo de hacer lo que Vd. desea; pero no deja de ser comprometido.

— Comprendo; ¿se trata?...

— De un abuso de autoridad.

— Pero cuando se abusa de la autoridad para el bien. — Se puede ir á presidio lo mismo que cuando se abusa para el mal.

— Ya sabe Vd. mi nombre...

— Sí, sí señor; sé que la influencia de Vd. basta para sacarme de un atolladero... sin embargo...

— Sé que deben recompensarse estos servicios, añadí sacando algunos billetes y poniéndolos sobre la mesa bajo mi mano.

— ¿Es urgente la resolucion de ese negocio? me dijo el comisario.

— Urgentísima.

— Entonces haga Vd. que ese exclaustro, ese padre Ambrosio venga á verme al momento, y descuide Vd.; es asunto de dos horas: una renuncia de la adopcion de la Adela sobre la Amparo; la adopcion en forma de *ese fraile*; un testimonio de escribano, y... santas pascuas. Si la Adela resiste, con arreglo á la queja de Vd., la llevo á la Galera (1) y doy parte al gobernador. Pero no resistirá, yo se lo aseguro á Vd.; sé perfectamente cómo se hacen estas cosas; cuando se ha dado un paso en vago como el que ha dado esa mujer... cuando está ofendida la moral pública...

— Bien, bien; ¿quedamos convenidos?

— Sí señor. Envieme Vd. *el fraile*.

— Le enviaré al momento. Adios.

— Servidor de Vd., caballero.

Salí dejando sobre la mesa del comisario algunos billetes de banco.

No sé cómo el bueno del funcionario arregló el negocio; pero el resultado fué que la Adela renunció por ante escribano á todo dominio sobre Amparo, y el padre Ambrosio la adoptó con todas las formalidades prescritas por las leyes.

Todo aquello se hizo en muy pocas horas.

Amparo no pasó la noche en mi casa.

Se la habia trasladado en un coche, previo dictámen del facultat. vo, al colegio de que era directora doña Gregoria de... hija de confesion del padre Ambrosio.

Me olvidaba decir que Mustafá habia ingresado tambien en el colegio.

Dí órden á mi administrador general de que pagase á doña Gregoria mil reales mensuales por la pension de Amparo, y aquel asunto quedó para mí enteramente concluido.

La casualidad, segun yo, ó la Providencia divina, segun el padre Ambrosio, habian arrojado delante de mí un gran infortunio. Yo habia cumplido con mi deber segun mis convicciones, y estaba tranquilo.

Pero una vez satisfecho este deber, una vez pasada la novedad de mi aventura, comprendí que Amparo no era bastante para arrancarme del hastío, para reconciliarme con la vida.

Esa decepcion de mi esperanza me fué sumamente dolorosa.

Amparo era para mí una obligacion contraida que ningun sacrificio me costaba, porque yo era muy rico. No me habia inspirado amor, sino caridad.

La caridad estaba satisfecha y habia desaparecido el encanto.

Es cierto que yo sentia hácia ella un afecto profundo; que me interesaba su porvenir... pero su porvenir estaba asegurado. Por otra parte, yo no tenia herederos forzosos; mis padres habian muerto cuando era muy jóven, y podia nombrar á Amparo mi heredera universal.

Ninguna dificultad, ningun interés representaba Amparo que me ligase á la vida.

Me habia galvanizado por un momento, haciéndome sentir á mí, cádaver ambulante.

Volvió mi tedio.

Sin embargo, fuí á verla todos los dias mientras duró su enfermedad; luego algunas veces á la semana...

Amparo se mostraba silenciosa, retraida, como coartada, delante de mí.

Yo veia en aquel encogimiento, orgullo, altivez, pesar de verse obligada á aceptar mis beneficios.

Esto me disgustaba.

Llegó un dia en que creí que habia sido un imbécil; que habia ido, respecto á Amparo, mas allá de donde debia haber ido.

(1) Prision de mujeres en Madrid. Nota para los que no conozcan la villa y corte.

Hasta llegué á creer que el padre Ambrosio era un hipócrita, y doña Gregoria una mujer interesada.

Cuando un hombre llega á disgustarse de la vida; cuando rompe el vínculo de afectos que le unen á la sociedad; cuando, en fin llega á dudar de todo, ó por mejor decir, á no creer en nada... cuando se hace escéptico...

Un escéptico es la calumnia viviente.

Un escéptico es con suma facilidad malvado.

Dejé de ver á Amparo.

Y sin embargo, el recuerdo de Amparo estaba fijo, siempre fijo en mi alma.

— Es que halago un sueño, decia yo.

Y el sueño, ó Amparo, se hacian mas persistentes en mi pensamiento.

Por entonces mi tio el duque de... me llamó al pueblo á donde, cansado como yo de todo, se habia retirado.

Fuí y ví con asombro que mi tio habia tenido la fortuna de lograr crearse una familia *sui generis* con sus perros, sus patos, sus conejos y sus gallinas.

Entraban en esta familia las flores del jardín y las legumbres de la huerta.

Envidié con todo mi corazon á mi tio.

— Te he llamado, me dijo, para un asunto de interés: cuando digo que es de interés el asunto, claro está que á quien interesa es á tí, porque á mí ya no me interesa nada.

— ¡Oh! ¡si por cierto! los perros, los patos, las gallinas.

— Tengo poder bastante para hacer completamente feliz la vida de esos animales: ellos por su parte me pagan cumplidamente, siendo mis cortesanos y casi casi amándome; estoy seguro de que uno solo de mis perros me sea ingrato, y de que uno de mis conejos pretenda robarme ó engañarme: las flores me recompensan de mis cuidados por ellas, dándome su fragancia y sus colores; y... en fin... y hablando formalmente, repito que nada me interesa en el mundo mas que tú, que no me necesitas; y si no creyera en Dios y le temiera, hace mucho tiempo que... pero no hablemos de eso. El asunto que te interesa consiste en que me suscitan dificultades á la posesion del mayorazgo que tengo en Italia.

— ¿Y qué le importa á Vd.?

— ¡A mí! ¿pues no me ha de importar? ¿no eres tú mi heredero? ¿No sabes que la fuerza de mis rentas está en Italia?

— Y bien, ¿qué quiere Vd.?

— Que vayas allá á ayudar con buenos patacones nuestro derecho, que de todo hay necesidad: te daré un poder en forma y... estás delgado, pálido, hijo mío; vete á la hermosa Nápoles; enamora, gasta, distráete; temo que te me mueras como se me murió mi hermano... y mi temor es muy natural. ¡Diablo! eres lo único que queda de mi familia...

— Iré á Nápoles, tio.

— Pues bien; hablemos ahora cuanto quieras de mis patos, mis gallinas, mis conejos, mis perros y mis flores.

Ocho dias despues me despedí de mi tio y me puse en camino para Malta.

Llegué, ví y vencí.

Es decir, ví á los jueces, y reforcé mi derecho, ó por mejor decir, el derecho de mi tio, con tales razones que quedaron allanadas todas las dificultades que se habian levantado contra su pacífica posesion de los bienes que tenia en Italia.

Escribí á mi tio participándole el buen resultado del negocio, manifestándole que no teniendo nada que hacer en España, iba á completar mis viajes yendo á Oriente.

Mi tio me contestó enviándome libramientos por valor de algunos miles de duros, para que pudiese hacer el viaje como correspondía á *mi clase*.

Me llevé conmigo á Mauricio y...

Aquí vendria bien una descripcion detallada de lo que ví; pero yo no hacia un viaje para instruirme, sino para distraerme, y no tomé un solo apunte, ni hice una sola pregunta.

Me contentaba con ver, y el misterio de lo desconocido que siempre tenia ante los ojos, me distraia.

Sin recibir una sola carta de Europa, sin escribir, sin leer un solo periódico europeo, estuve viajando por Oriente durante cuatro años, vistiendo, comiendo y viviendo como los naturales del pais en que me encontraba, y permaneciendo en un lugar hasta que me cansaba de él.

Y hubiera andado errante sabe Dios cuánto tiempo, si no me hubiera quedado solo.

Mauricio, el pobre Mauricio me habia abandonado.

Y bien contra su voluntad por cierto.

La bala de la espingarda de un griego de Missolongi le habia servido de medio para su último viaje.

Para su viaje á la eternidad.

¡Ya se ve! El bueno de Mauricio habia conocido por una extraña casualidad á una hija del tal griego, que tenia los ojos mas negros y mas habladores del mundo, y sin duda por casualidad habia encontrado tambien el medio de introducirse de noche en los jardines del griego.

La casualidad hizo tambien que el padre se apercibiese de los amores de su hija con un extranjero, y... ya os lo he dicho, una bala fue á hospedarse en la cabeza de mi doméstico, que puesto en la calle por su matador, apenas tuvo tiempo para declarar... que des-

pués de haber sido herido... el padre había extrangu-
lado á su hija.

Este drama me impresionó fuertemente, y escapé.
Sin detenerme un solo día, sin pararme en ninguna
parte, me trasladé á París.

Esta población era para mí muy familiar, tenía en
ella multitud de amigos y toda clase de medios para
pasar la vida al galope por medio de placeres.

Pero era el caso que los placeres no existían para mí.
O por mejor decir, yo no existía para los placeres.
¡Me hastiaba todo!

La amistad me daba risa. El amor asco.
Todos los hombres me parecían malos cómicos, que
charlaban un papel aprendido de memoria.

En cuanto á las mujeres... ¡las mujeres! las miraba
con odio.

« Hé allí, me decía, esa eterna mentira engalanada,
que en todas partes rie, que á todas partes lleva su he-
diondo misterio. Hé allí ese ser que se venga del
hombre extraviándole y degradándole, en la degradan-
te posición del débil á que el egoísmo del hombre le ha
relegado. Ved la corrupción arrastrándose por los salo-
nes coronada de rosas. »

Yo era indudablemente injusto.
¿ Pero qué desgraciado no lo es ?
Yo había nacido para amar, y del amor solo había
encontrado la fórmula, la frase.

Pero la realización, el hecho, tenía para mí el en-
canto de lo desconocido, de lo imposible.

El amor para mí no era otra cosa que un sentimien-
to místico.

Hijo, como todos los mitos, del entusiasmo, del sue-
ño, en una palabra, de la poesía.

El amor para mí era un idilio irrealizable.
Las mujeres que hablaban de amor me irritaban ;
parecíanme los profanadores del templo que iban á
vender á él sus mercancías.

Amparo solía surgir de tiempo en tiempo como una
excepción entre el embrollado caos de mi escéptico pen-
samiento.

Amparo con toda su poesía, embellecida por su aban-
dono; grata para mí, por la protección que la dispen-
saba.

Pero ¿ acaso mi escepticismo no había alcanzado tam-
bien á ella ?

¿ Acaso no la había creído una muchachuela picar-
deada en una casa de vecindad y amaestrada por un
fraile hipócrita ?

¿ Acaso no había huido de ella como quien huye de
un peligro ?

Porque debo confesar que desde el día en que almor-
zón conmigo, comprendí con terror que Amparo podría
arrastrarme á un amor nuevo, desconocido para mí, y
tanto mas terrible cuanto mas accesible al amor estaba
mi alma.

No la había olvidado un solo momento ; vivía dentro
de mí, no podré decirlo cómo ; era una idea vaga, ín-
tima, que se había asimilado á mi manera de ver, á la
que me había acostumbrado, que me acompañaba siem-
pre, que vivía conmigo.

Pero indeterminada, misteriosa, monótona, muda
con el mudismo de lo incomprendido ; como una de esas
inscripciones cunciformes que los filólogos mas profun-
dos se esfuerzan en vano por descifrar.

¿ Qué representaba Amparo para mí ?
Un ser débil ó una estafadora que me explotaba á tí-
tulo de caridad.

La duda es una cosa horrible.

Cuando la duda se convierte en una idea fija... quan-
do queréis aclarar esa duda y no podeis... cuando el
ser que esa duda os inspira ha logrado convertirse en
la asimilación de nuestro deseo... cuando se ha consti-
tuido en vuestro recuerdo... ¡ oh ! esa duda... esa duda
es la muerte de vuestra razón... esa duda os trae á una
jaula de locos...

Pero yo no dudo, no ; ¡ Dios mío ! ¡ yo no puedo du-
dar de ella ! si dudo... no es de su virtud... no... no es
de su pureza... dudaba... pero ahora... ahora, mi duda
y mi locura es otra... yo pienso que Amparo no ha
existido... yo pienso que Amparo solo ha sido para mí
un hermoso sueño de primavera... yo pienso que ha
sido un fantasma soñado por mi deseo.

He pasado muchos días sin escribir en mis Memorias.

O mejor dicho, hoy antes de quedarme solo, cuando
pensaba haber despertado de uno de esos sueños densos
en que nada se siente ; sueño de tinieblas en que nada
se ve ; sueño que es la negación de la existencia y del
que se despierta antes de acabarse de dormir, espeluz-
nados, estremecidos, frios, como si se hubiera sentido
el contacto de la mano de la muerte ; cuando solo creí,
repito, despertar de un sueño horrible, me han dicho
que he estado un mes de irando, furioso, nombrando á
Amparo, amenazándola, apostrofándola, insultándola,
prodigándola los epítetos mas degradantes.

Yo no recuerdo nada de esto.

Me he mirado al espejo y he visto...
¡ Oh ! el aspecto de mi miseria me ha hecho llorar.
Mi llanto ha sido una el gía muda á mi destrucción.
Porque yo soy una ruina.

El espejo que no miente me lo ha dicho.
Y luego, hay en mis ojos una cosa que me espanta,
algo de fuego recóndito allá lejos, muy lejos, en la in-
mensidad, en lo infinito, dentro del foco de mi mirada.

Mis cabellos están blancos y rígidos, mi piel árida y
arrugada, mi boca contraída.

Y luego estoy flaco, muy flaco.

Debajo de mi piel, que me viene muy ancha, se pue-
den contar mis ligamentos y mis arterias.

¡ Ah ! sin duda estoy loco... ¡ loco !
¡ Bah ! no hay que afligirse por eso.

Yo creo que el mundo no es otra cosa que un gran
hospital de locos que se comprenden y que se despeda-
zan comprendiéndose, y que solo se encierran en hospi-
tales mas pequeños á los locos á quienes no compren-
de nadie... ó acaso, acaso, llame el mundo locos á los
que tienen razón.

La verdad es que yo veo continuamente hombres
que se creen muy cuerdos y á mí me parecen los mas
rematados.

Me causan risa y lástima.

No me acuerdo de lo que he hecho ó dicho durante
ese mes.

Sí, indudablemente ha pasado un mes, sin que yo le
sienta pasar.

Ayer el rosal que tengo en mi ventana, estaba cu-
bierdo de rosas ; hoy... las rosas están muertas, desho-
jadas... solo las queda el pétalo negro y seco.

Ayer me trajeron un nido de ruiseñores.
Estaban triponcillos y desnudos ; tenían hambre y
abrian, piando en coro, unas desmesuradas bocas ama-
rillas ; hoy están enteramente cubiertos de su plumaje
pardo, saltan en la jaula y ensayan sus primeros tri-
nos.

Ayer mi cuadrante marcaba el medio día natural á
las doce y tres minutos, y hoy le marca á las doce y
treinta y tres.

Ha pasado un mes en que no he vivido.

Un mes, en que el no ser me ha envejecido veinte
años.

Ayer aun era jóven : hoy soy ya anciano.

¡ Ah ! ya me acuerdo... ya comprendo.

Vivo yo en un pequeño aposento : en este aposento
hay algunos muebles muy sencillos...

En este aposento hay una raja que da sobre un jar-
dín... sobre un pobrecillo jardín descuidado, en que las
malvas locas se extienden libremente, y que es un pe-
queño mundo.

Hay además una puerta muy fuerte, que tiene una
rejilla muy espesa.

Esta puerta da á un pasadizo oscuro, por donde en-
tran, como por una cerbatana, gritos estridentes, alari-
dos, bramidos, imprecaciones, careajadas, cantares, ru-
gidos, son de cadenas que se arrastran, chasquidos de
puertas que se cierran, una tempestad continua de so-
nidos discordantes, secos, desentonados, agudos, horri-
bles ; algunas veces, de noche, muy tarde, suele avan-
zar, jadeante y cansado, por decirlo así, un canto tris-
te, dulce, suspirante, siempre el mismo, cuyas palabras
no se entienden, pero cuyo sentimiento se adivina ;
canto con el que vuela por la estrecha cruzija, apagan-
dose, perdiéndose, gastándose al rozar las paredes, el
alma de un ser que llora cantando : suave oleada que
se escapa de un océano de sentimientos, y que acaricia
mi alma y la consuela.

He preguntado de qué cuerpo se exhalaba aquella alma,
y me han dicho :

— Es una pobre jóven que ha perdido á su esposo y
á su hija, y se ha vuelto loca.

Yo amo á esa loca.

Quisiera saber su historia

He ofrecido dinero, todo el que quiera, al que me
traiga la historia de esa loca, y ha sido en vano.

La infeliz ha concentrado, ha sintetizado, ha simbo-
lizado su historia en esa melodía inventada por ella ;
en ese etcétera canto sin palabras, y no sabe mas.

No pudiendo conocer su historia, quise conocerla á
ella.

Otreí, compré la realización de mi deseo, y me saca-
ron de mi tumba para llevarme á otra tumba... mas
pequeña, mas oscura, mas horrible.

Allí, replegada en un rincón, medio desnuda, tem-
blando de frío, había una mujer.

Una jóven con los cabellos canos.
Una ruina como yo.

Sin embargo, mis ojos vieron su hermosura... aque-
lla mujer debió tener los cabellos negros y brillantes,
y los ojos negros y llenos del fuego del amor.

La miré, me miró, se arrancó de su rincón, y se vino
á asir los hierros de su jaula.

Me contempló con firmeza, se sonrió y me dijo :

— ¡ Tú tambien !
Y luego se volvió á su rincón y entonó su eterna me-
lodia

Y entonces, cerca de mí, á mis espaldas, me estre-
meció una voz de mujer.

Aquella voz había pronunciado, conmovida y trémula,
una palabra de conmiseración para la pobre loca.

Aquella voz me hizo temblar, me volví y ví delante
de mí una mujer, un viejo y un niño.

Y la mujer... ¡ oh Dios mío ! la mujer lanzó al verme
un grito horrible, y yo... yo... hace un momento que
despierto... hace un momento que recuerdo...

¡ Era ella !... ¡ Amparo !... ¡ viva !... ¡ al lado de otro
hombre !... ¡ delante de mí !...

¡ Oh ! ¡ es imposible ! ¡ imposible de todo punto ! ¡ mi
razón perturbada por la vista de aquella loca infeliz !

Pero el acento de aquella mujer, reposado, grave,
sonoro...

Y sus ojos, y su frente y sus cabellos...

Y su terror al verme...

¡ Oh ! ¡ no ! ¡ no puede ser ! un acento parecido... un
terror natural en ella... porque yo, al escuchar aquel

acento, me volví amenazador, terrible, á la persona
que lo había producido.

No, no podía ser Amparo.

Los muertos no se levantan de su tumba.

Indudablemente no era ella, como no es ella ese blan-
co fantasma que veo algunas veces durante mi delirio
de pie é inmóvil junto á mi lecho.

Acabé de fastidiarme en París.

Mas aun, empecé á sentir un deseo punzante de ver
á Amparo.

Como estaba acostumbrado á hacer mi voluntad,
apenas el deseo de verla se hizo exigente, me puse en
camino.

Llegué á Madrid, y como había adelantado una ilu-
sion acaso para entretener mi hastío, y esta ilusion era
la atmósfera en que vivía, sin tomarme mas tiempo que
el necesario para lavarme y mudar de traje, me pre-
senté en el colegio.

Salió á abrirme una persona desconocida, que me
miró con extrañeza.

— ¿ Doña Gregoria?... dije.

— No vive aquí, me contestó la criada, y me dió con
la puerta en las narices.

¡ No vivía allí ! Sin embargo, yo no me había equi-
vocado ; era la misma casa.

Salió dudando y miré á los balcones del cuarto prin-
cipal.

Allí estaba la muestra, la antigua muestra del cole-
gio, una Minerva coronando á una niña.

Sin embargo, allí no vivía doña Gregoria.

El acento con que la criada me había contestado, de-
mostraba claramente que no la conocía.

Acaso había dejado la enseñanza y traspasado el co-
legio ; ¿ quién sabe ?

Volví á subir la escalera y llamé.

Se abrió la puerta y... un perro viejo, lanudo, Mus-
talá en una palabra, se abalanzó á mí, loco de alegría,
ladrando, aullando, gruñendo, saltando... había en-
contrado al fin un amigo... había encontrado á Am-
paro.

Sin hablar ni una palabra á la criada que me miraba
con asombro, seguí á Mustafá que en medio de sus car-
ricias se dirigía hácia el interior.

En aquel momento escuché el preludio de un piano.

¿ Qué había de misterioso en aquel sonido que pene-
traba en mi alma, que me traía algo del alma de Am-
paro ?

Porque yo no dudaba de que ella era la que producía
aquel sonido.

Hay sin disputa en nosotros un sentido íntimo, una
intuición poderosa, sabia, que nunca se engaña, que
nos habla continuamente, que nos avisa, que nos diri-
ge, que nos ilumina, que es la inspiración del poeta, el
fuego del entusiasmo, la adivinación y al mismo tiem-
po la razón, la perfección de lo que no está al alcance
de nuestros sentidos.

Y esta intuición, este fenómeno de nuestro ser no
comprendido aun, me decía :

« Ella es la que produce esa armonía sentida, dulce,
lánguida, esa armonía que gime, esa exhalación de un
alma que sufre y llora como solo puede sufrir y llorar
Amparo, de una manera dulce, resignada, poética ; esa
es su alma trasmitida por sus dedos á las cuerdas de un
instrumento. »

Y contuve con un ademán á la criada que iba á anun-
ciarme, y con una caricia acallé las ruidosas manifes-
taciones de alegría de Mustafá.

La criada permaneció inmóvil y admirada en el lu-
gar en que se encontraba, y Mustafá, como si me hu-
biera comprendido, calló y se encaminó á la puerta de
la sala, en la cual se sentó, dirigiendo alternativamente
sus miradas á la persona que había dentro y á mí.

El piano continuaba lanzando magníficas pero fugiti-
vas armonías, como si obedeciese á una mano distraí-
da, pero maestra ; yo me acercaba todo conmovido, tré-
mulo, desconcertado, hácia el lugar de donde partía el
sonido, y como si aquel sonido hubiera sido el medio
de una atracción irresistible.

Al fin aquellas armonías desordenadas, inconexas, no
escritas, emanadas por sí mismas, sin conciencia de
quien las producía, se ordenaron, se desarrollaron, cre-
cieron, interpretando un magnífico canto de sentimien-
to ; y luego una voz de mujer, como yo no había oído
jamás, tan extensa, tan grave, tan dulce, tan elocuen-
te, tan pura, cantó.

Yo no sé lo que cantó : cuando el sentimiento se des-
arrolla, cuando domina, cuando inunda todo nuestro
ser, la razón calla : yo no apreciaba, yo no compara-
ba, sentía ; y aquel sentimiento me dominaba, me ar-
rastraba hácia la mujer que producía en mí aquel sen-
timiento.

Cuando llegué á la puerta me detuve y lancé al in-
terior una mirada ansiosa ; sentada de espaldas á mí,
delante de un piano estaba una mujer.

Seguía cantando.

Yo me acerqué silenciosamente, atravesé la habita-
ción y quedé de pie, inmóvil, detrás de ella.

Ella continuó cantando ; pero de repente, como si mi
ser se hubiera hecho sentir del suyo, á pesar de que no
me veía, de que no la tocaba, de que no producía el
menor ruido, de que contenía mi respiración, volvió la
cabeza, y me miró de una manera profunda, tranqui-
la, con una de esas largas miradas que solo duran un
momento, y luego espiró el sonido del piano, y ella se



Teatro del Hipódromo. — Las canciones populares de Francia.

puso pálida, contuvo un grito, se levantó y quedó inmóvil delante de mí.

Por un momento ni ella ni yo hablamos.

Yo la contemplaba.

Nunca había visto tan soberana hermosura, nunca tanta majestad y tanta sencillez: estaba fascinado, trémulo; y sin embargo yo no conocía á aquel ser divino, á aquel ser á quien no me atrevo á llamar mujer.

No, no la conocía: era para mí enteramente nueva.

— ¡Ah! perdone Vd., la dije: me he equivocado... buscaba... dispénsame Vd., á los piés de Vd.

— ¡Buscaba Vd. á Amparo! me dijo.

— Sí... en efecto, una jóven...

— Que encontró Vd. hace seis años á media noche en la calle.

Y los ojos de la jóven se llenaron de lágrimas.

— ¡Amparo! exclamé reconociéndola al fin.

— Sí, yo soy Amparo, me contestó dominándose y sonriendo tristemente; yo soy su protegida de Vd.

Y calló, me indicó el sofá y fue á sentarse junto á él en un sillón.

Seguimos guardando silencio por algun tiempo.

Yo la contemplaba con asombro.

Quisiera poder describirla.

Pero es imposible.

(Se continuará.) M. FERNANDEZ Y GONZALEZ.

Hipódromo.

LAS CANCIONES POPULARES DE FRANCIA,

gran pantomima ecuestre.

Un gran espectáculo se está viendo estos dias en Paris en el Hipódromo. Una cabalgada insensata se lanza en la arena, la orquesta la saluda estrepitosamente y vemos desfilir una tras otra las personificaciones todas de la cancion francesa desde Oliverio Basselin hasta Beranger: la idea es original y la ejecucion de esta idea es espléndida. Al entrar en el circo los ginetes principian las justas y los torneos, y todos esos príncipes y esos caballeros de la edad media, esas hermosas damas y esas encantadoras peregrinas, todas esas banderas desplegadas, todas esas fajas flotantes, esas cornetas, esas trompas de caza, la córte de un rey, el cortejo de muchas reinas, los esplendores de los palacios, las pompas de fiestas tan colosales, todas esas maravillas en fin, se han desplegado para honrar á la cancion popular en Francia... No diremos que el asunto no lo merecia, muy al contrario.

La alegría, la esperanza ó el consuelo de todas las edades, la musa de los grandes y de los pequeños, la sonrisa del sabio, la inspiracion del poeta, la gloria de los mas gloriosos y el premio de belleza de las mas bellas, son los atributos, los privilegios, las conquistas y los esplendores de la cancion; en lo mas oscuro de la historia aparece un canto popular, los sucesos se consumaron al sonido del laud y del tamboril, los imperios salieron de un cántico de guerra, los reyes, los profetas, los héroes pasaron por la escena del mundo con acompañamiento de alguna copla: ¿quién no dió su nota en este concierto universal en que todo principia y concluye con canciones. La Francia dió la suya en todos los tonos; y es curioso ver en el Hipódromo la representacion de la série completa de sus canciones populares que abrazan en efecto los tiempos históricos de este pais desde los mas remotos hasta la época de Beranger, su cancionero mas ilustre.

El tiro federal en Berna.

Berna desde que se hizo una ciudad federal, no es ya aquel pueblo aristocrático del siglo XVIII que á pesar de los reglamentos mas austeros conservaba en la sombra las costumbres relajadas de la época. Entonces se imaginó reasumir los inconvenientes de la residencia en Berna para todo extranjero en el siguiente cuentecillo:

« Un viajero que se proponia pasar algun tiempo en Berna llega á las puertas de la ciudad; pero no puede entrar en seguida porque es un domingo y no abren hasta despues del sermón. Desea hospedarse en una casa particular, pero le dicen que los particulares no admiten huéspedes. Llegado á la posada pide que le indiquen un café, y le contestan que solo hay dos ó tres círculos cerrados donde no se entra sino despues de haber sido presentado y recibido por votacion. Despues de comer sube en carroza para dar un paseo; un gendarme le prende y le multa porque sus caballos iban al trote. Le presentan en una reunion, pero no sabe otros juegos que los prohibidos. A las nueve quiere retirarse y le dicen que las carrozas ya no salen á esa hora. No teniendo ganas de cenar va á tomar el aire en el terrado; el fresco le hace estar allí un rato, y cuando quiere salir se encuentra preso porque el terrado se cierra á las once.

» Otro dia quiere ir al teatro, y le dicen que solo puede ir á pié. Quiere tomar un palco, pero no hay palcos. Le llevan á un baile; se divierte un momento mirando á los bailarines y luego invita á una señora; pero en el momento en que se coloca para la contradanza, la música cesa, porque los bailes deben concluirse á las ocho en punto. Cansado de tantas contrariedades quiere salir de Berna aquella misma noche, pero no abren las puertas despues de las nueve. Al otro dia puede salir en fin, pero como es domingo tiene que solicitar una licencia.

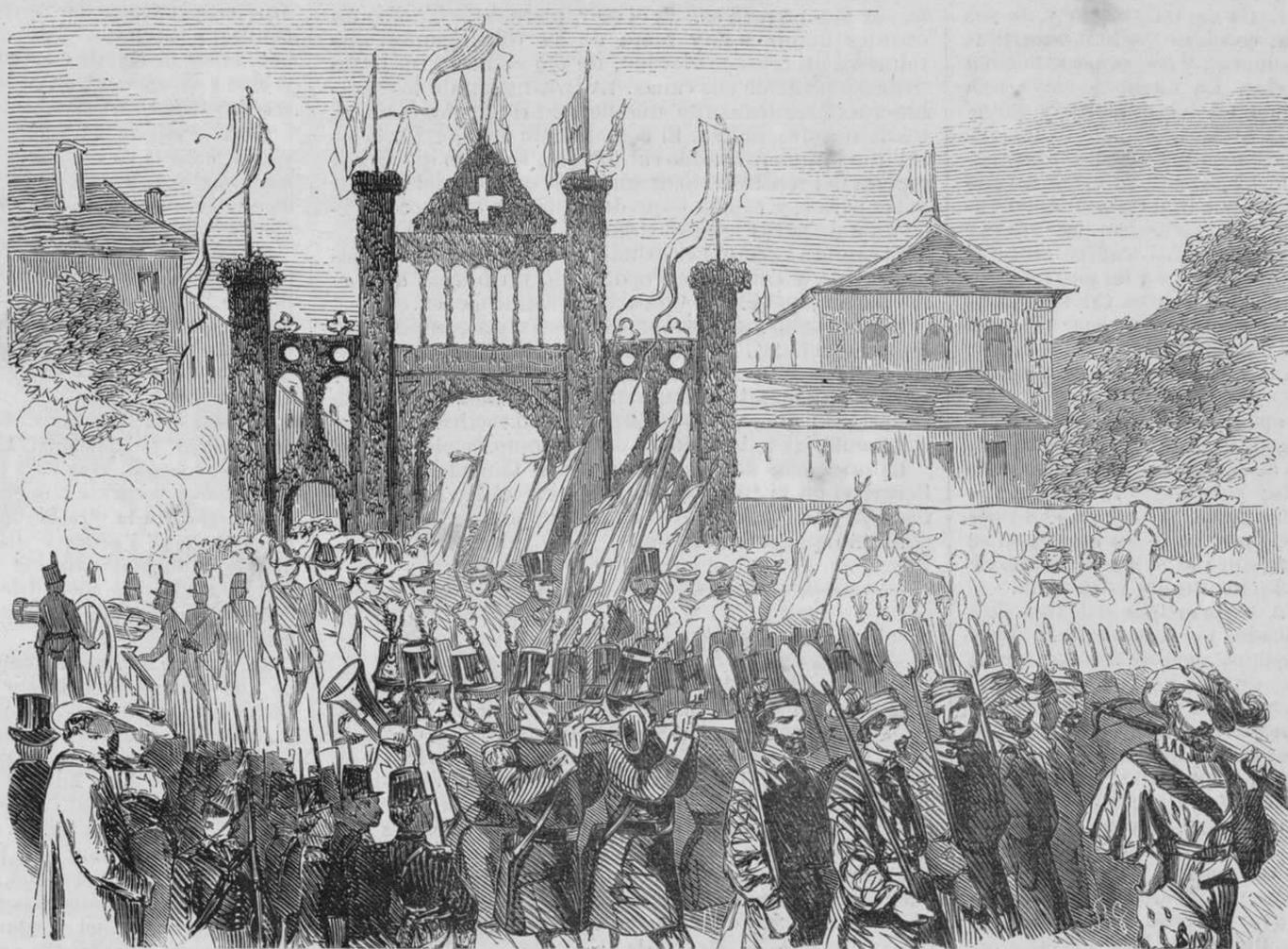


La ciudad de Berna.

Muy descontento de las repúblicas libres de la Suiza, se vuelve á Francia donde cada cual hace lo que quiere con su dinero con tal de que no turbe el reposo de nadie.»

Aquellos tiempos se acabaron felizmente. Ahora Berna es una ciudad muy habitable donde se encuentran hasta los refinamientos de la civilización. Berna se ha afrancesado, aunque sin perder su carácter. Esta vez la ciudad tenía que hacer los honores del tiro federal á toda la Suiza, y diremos que ha sabido hacerlos cumplidamente. Se engalanó lo mejor que pudo con guirnaldas, banderas y arcos de triunfo, que era una maravilla.

El sábado á pesar de la entrada del estandarte federal con su cortejo de carabineros de Soleure, conservaba aun su aspecto impasible; pero el domingo 5 de julio, la muchedumbre invadía sus largas calles y sus arcos sombríos; un sol

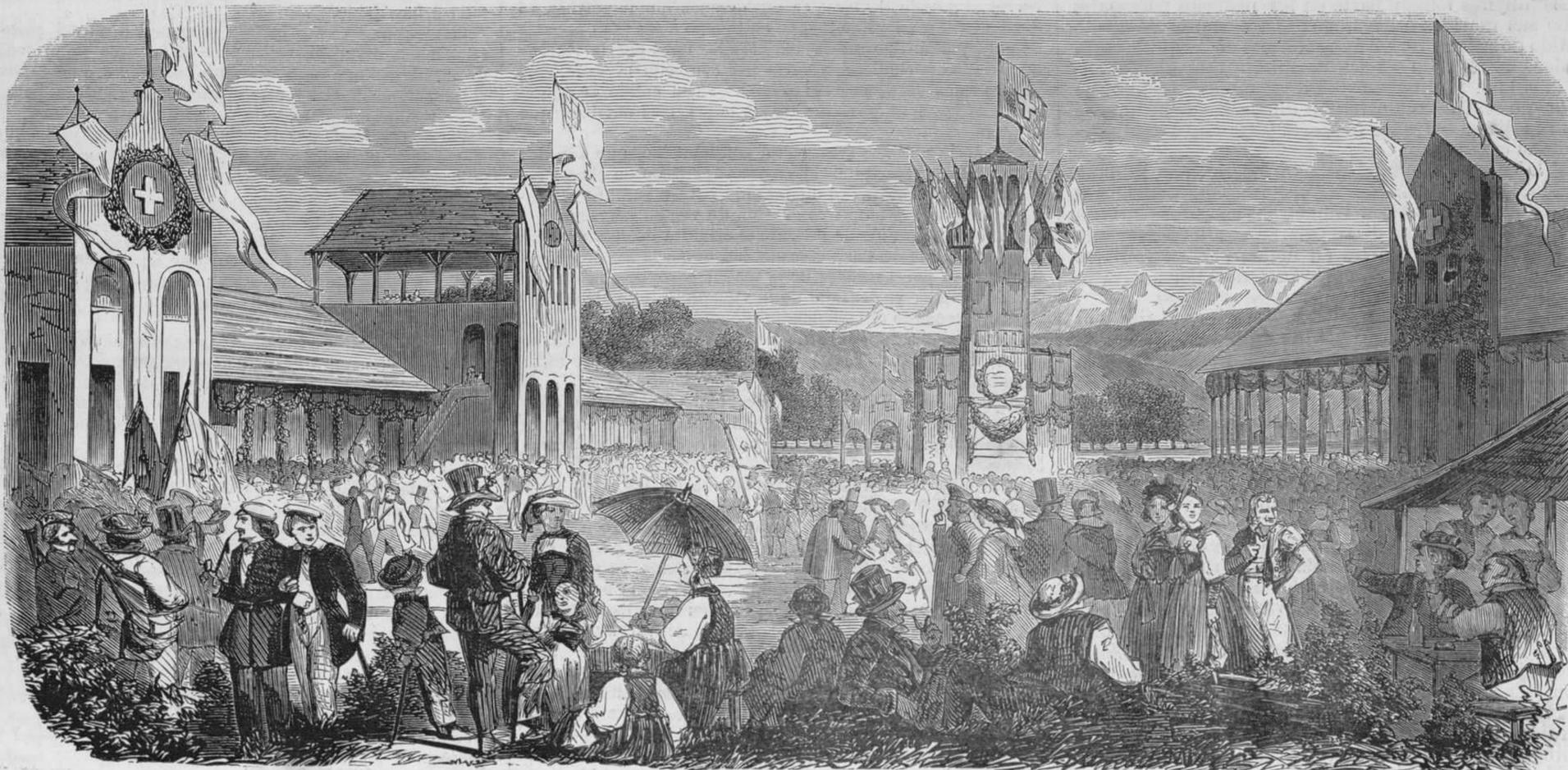


Paso del cortejo del tiro federal por la puerta de Aarberg.

ardiente hacia brillar el cristal y el mármol de sus fuentes empavesadas, resonaba el cañon y las bandas militares lanzaban al aire sus armonías. Berna no era ya Berna, sino la Suiza entera reunida.

Los diferentes cuerpos, las diputaciones ó los comités que debían formar el cortejo, se reunieron á las nueve de la mañana en la magnífica plataforma de la iglesia que domina el Aar y toda la campiña, dejando ver en toda su extensión la hermosa cordillera Olanca de los Alpes del pberland. Bajo los espléndidos castaños del laseo, la muchedumbre se organizó en filas compactas y luego principió su marcha por la ciudad. Era una procesion inmensa en la que se veían los trajes mas diversos.

A la cabeza marchaba el cuerpo de cadetes con dos piezas de artillería y unos cincuenta fusiles. Detrás de ellos un hombre con la vestidura de Guiller-



Sitio del tiro federal de 1857 en Berna.

mo Tell precedía el gremio de los mercaderes vestidos de encarnado, y con un palo á cuya extremidad llevan unos discos blancos que los sirven para indicar los tiros.

Seguia la excelente banda militar de Berna seguida del comité que rodeaba el estandarte federal. Varias diputaciones procedentes de distintos puntos de la Suiza ó del extranjero formaban lo restante del cortejo. Entre otros grupos se notaban el de Soleure con los sombreros de fieltro pardo adornados de cintas verdes; la diputación de las ciudades anseáticas Brema y Lubeck, con su rico traje verde y oro y sombrero de penacho, los suizos de Paris y de Lóndres y varias sociedades de carabineros de Berna.

A la salida de la ciudad se elevaba un arco de triunfo de ramajes, de una arquitectura elegante, tal como se ve reproducido en uno de los dibujos que acompañan. En el momento de salir, el cuerpo de carabineros pasó á la derecha y se puso en formación. En tanto que su artillería saludaba con veintidós cañonazos el paso del cortejo.

A veinte minutos de la ciudad en una altura que domina el Aar y la península donde se encuentra Berna fortificada, tres vastas construcciones esperaban á los confederados. Una de ellas el *Stand*, largo edificio de tablas con tres pabellones enormes, da frente á veintisiete blancos y abriga un número igual de largas mesas provistas de cajetines para la carga de las carabinas.

Enfrente una cantina digna de Gargantua y de sus compañeros de glotonería, contiene cocinas inmensas donde trabajan muchos cocineros, y mesas á que pueden sentarse miles de convidados. En medio se eleva una tribuna empavesada destinada á los oradores y dominada por un estrado para la música.

En fin, entre estos dos edificios principales y en medio de la vasta pradera que los separa, se eleva un pabellón con cristales dominado por una torrecilla, en cuyas gradas se ven los premios del concurso. Hay allí por una cantidad de ciento cincuenta mil francos en relojes, carabinas, copas, cubiertos de oro y de plata, cofrecillos llenos de luises, de ducados ú otros valores semejantes. Delante de este pabellón el cortejo viene á formar un cuadro para presentar sus banderas al comité, que las recibe de lo alto de la escalera con palabras de un patriotismo ardiente.

Después la columna se separa, y los tiradores van á la cantina á disfrutar del banquete colosal que les ofrecen. El ruido de los miles de platos y de cuchillos es lo único que se oye al pronto; pero luego la música militar entona la sinfonía de *Guillermo Tell*; un orador sube á la tribuna, retruena el cañon, se tocan las copas, se brinda á la patria y se inaugura la fiesta en medio de las aclamaciones de una muchedumbre entusiasta.

Nuevas salvas anuncian el principio del tiro. Los veintisiete blancos son atacados vigorosamente, y puede decirse que ni en un instante deja de resonar algún disparo en los diez días que dura la fiesta.

Tal es en resumen el programa que se renueva sin cesar, pero siempre con un interés distinto y con peripecias inesperadas. El lunes por la mañana 1,500 carabineros de Neuchatel vienen á presentar su bandera que se coloca entre las que flotan ya en torno del pabellón de los premios bajo la bandera federal. Luego llegan los de Vaud con sus maneras francas y expresivas, ó los de Ginevra no menos estrepitosos y exaltados. Los suizos alemanes se distinguen por un traje mas modesto y por maneras mas graves; pero todos tienen en la fiesta un sello de nacionalidad que hace de ellos un pueblo único, sencillo y fiero á la vez, porque sabe que es fuerte é independiente.

Las mujeres toman parte en los negocios nacionales como sus maridos ó hermanos. La elegante de ancho vestido de seda se roza con la aldeana de basquiña corta bordada de rojo. Un servicio de omnibus establecido entre la ciudad y el terrado del Engi donde se celebra la fiesta, no cesa de conducir una inmensa muchedumbre que se esparce entre los tiradores y que invade las mesas de la cantina.

En la ciudad misma el palacio federal, recién inaugurado, no puede contener los visitantes maravillados al ver con qué facilidad penetran en las salas mas íntimas del gobierno supremo de su país. Se ve allí además una Exposición de bellas artes en donde pueden contarse algunas obras de mérito, entre bastantes por desgracia muy inferiores.

Hacia la puerta de la ciudad que conduce al tiro y al lado del arco de triunfo de que hemos hablado, un vasto edificio encierra una exposición de los productos de la industria digno de enorgullecer á todo buen suizo. Se sorprende uno que sin derechos protectores, sin clases privilegiadas, sin el lujo de una corte, la Suiza llegue á producir tantas telas de precio elevado, tantos muebles, instrumentos, relojes, joyas, esculturas, máquinas y objetos preciosos de todas clases, á cuyo beneficio la pequeña república podría prescindir de toda importación extranjera.

Tantas circunstancias reunidas hacen del tiro federal de este año una solemnidad extraordinaria. A esto añadiremos que la solución de los asuntos de Neuchatel y el gran movimiento que levantó á la Suiza para defender su independencia, da mas actualidad que nunca á la gran fiesta nacional. Se felicitan de la paz obtenida ejercitándose en el manejo del arma que debe hacer respetar las libertades helvéticas. El fuego granado del *Stand* no se detiene un instante.

Ordinariamente el tiro federal dura ocho días de un domingo á otro; pero esta vez la afluencia de tiradores ha sido tan grande que se ha debido prolongar la fiesta

hasta el miércoles siguiente. Se habla de 100,000 francos de beneficio en favor de la *Sociedad suiza de los carabineros* que es la que ordena el tiro federal. Esta suma formará un fondo de reserva que podrá ayudar á los pequeños cantones suizos á recibir por turno á los confederados, lo que no han podido hacer aun por falta de recursos.

El segundo domingo fué el día mas brillante de la fiesta. Lo mas notable fué el brindis del general Dufour al ejército federal, precedido de este discurso:

«Hace poco, queridos confederados, cuando la patria se hallaba amenazada en la integridad de su territorio y en su independencia, pudisteis ver con qué sublime arrojo todos los soldados suizos acudieron bajo las banderas. Todo lo habian hecho por poner á salvo la independencia de la patria amenazada, y si hubieran debido sucumbir, el honor habria quedado ileso, porque se habrian sacrificado hasta el último por mantener intacta nuestra hermosa bandera federal. Pudisteis ver cómo se organizaron los carabineros para prestarnos su apoyo, recordando á propósito que los tiros que frecuentan no son únicamente ejercicios de placer, sino un campo donde se ejercita en luchas que la naturaleza de sus armas hace terribles para el enemigo. Por todas partes los valientes tiradores se pusieron á la disposición del comandante en jefe. Este sabia el apoyo que debía hallar en la organización poderosa de los carabineros, y hacia de este elemento de resistencia un caso particular, de mucho peso contra el extranjero. Este ignora aun cuántos hombres hay fuera de los contingentes, que reúnen á un corazón elevado, un ojo seguro y un brazo firme, á pesar de sus canas. La institución de los carabineros es seguramente uno de los principales elementos de nuestra fuerza. El comandante del ejército federal que también ha sido carabiniere, sabia lo que podia esperar del sentimiento magnánimo que se producía por todas partes, y estaba lleno de confianza en la cooperación de nuestros hábiles tiradores.»

El capitán Lecomte respondió en nombre de los soldados suizos, y concluyó proponiendo un brindis al general Dufour, que excitó una aclamación inmensa.

Por la noche los carabineros de Schwytz reunidos con los de Neuchatel, parecen como el resumen de la historia antigua y reciente de la Confederación. El doctor Kern y el general Dufour son objeto de una ovación entusiasta. El guerrero y el diplomático reciben alternativamente las felicitaciones de sus compatriotas.

La presencia del presidente de la Confederación M. Fornerod en la tribuna algunos días antes, habia probado ya cuán grande es el amor que profesa la Suiza al gobierno que se ha elegido. W. R.

Revista de Paris.

La crónica de Paris en el verano es obra muy difícil. Paris no está en Paris, y si se hallase siquiera en un punto dado, en Dieppe, en Baden, en Boloña, en los Pirineos, en Suiza ó en Italia, el cronista concienzudo podria trasladarse al lugar privilegiado á fin de escribir allí su humilde historia de las aventuras y los lances del día. Pero no es así; la sociedad parisiense se halla diseminada en todos esos puntos y muchos mas que omitimos, sin contar que cada pueblecillo de los alrededores de la capital, y los hay á docenas, es otro centro de reunión cuyo conocimiento ofreciera iguales ventajas al cronista.

De este modo pues, á menos de poseer el don de la ubicuidad ó la incansable presteza del judío errante para recorrer el mundo, la tarea es poco menos que imposible. Sin embargo, como de tiempo en tiempo nos llegan noticias de aquí y allá durante la temporada, unas por la vía común de los periódicos, y otras por conducto privado, nos proponemos desde hoy aprovecharlas con ánimo de que el lector se halle al corriente de las cosas mas notables que ocurran.

Dos hechos vamos á señalar á continuación, que son dos dramas de la vida íntima. Hé aquí el primero de ellos:

Ricardo de X... jóven distinguido por su nombre, su bella figura y su talento, tuvo ocasion de ver en las reuniones á la señorita Clotilde de R... linda criatura de diez y nueve años, que vivía en Paris con una tia, quien la habia prometido dejarla por heredera de la mayor parte de sus bienes. Ricardo estaba ya cansado de la vida de soltero, y aspiraba ardientemente al matrimonio. Conocer á Clotilde y enamorarse de ella fué obra de poco tiempo; pero la tia no podia disponer de la jóven que tenia padre y madre establecidos en un departamento.

El jóven emprendió el viaje con anuencia de la que consideraba ya como su futura, y bien seguro de que su petición seria bien recibida por los padres prevenidos favorablemente.

La familia de Clotilde habitaba en una de las principales ciudades del Norte de la Francia, donde figuraba en la mas alta categoría. Ricardo fué admitido en la casa con todos los honores debidos á un futuro yerno, y se acordó que después de pasar allí algunas semanas, todos se pondrian en camino para Paris donde debia celebrarse la boda.

Clotilde no era hija única, tenia una hermana llamada Clementina, que poco después de la llegada del jóven parisiense cumplió diez y siete primaveras.

Los padres se habian separado sin pesar de su hija mayor, pero por nada en el mundo habrian consentido en que les dejara Clementina; era su favorita, su niña mimada, la alegría y el orgullo del hogar doméstico.

Lejos de tener entre sí la menor semejanza, las dos jóvenes se diferenciaban completamente por su género de her-

mosura y por su carácter. Clementina era morena, de genio vivo y alegre, caprichosa y despótica como una mujer acostumbrada á salirse siempre con su gusto.

Ricardo sufrió en breve el hechizo y la dominación que la jóven con autoridad soberana imponía á todos en torno suyo. Clotilde se borró de su memoria; el jóven voluble perdió la fe en sus primeros amores, prolongó su residencia en la provincia, y á medida que se iba enamorando mas y mas de la hermosa Clementina, le parecia que no habia contraído ningun compromiso serio con Clotilde.

Por último, cuando llegó á pronunciar formalmente la palabra de matrimonio, pidió la mano de Clementina. Ya habia obtenido el consentimiento de la jóven, y los padres respondieron afirmativamente, aunque con la expresa condición de que su yerno no les separaria de su hija idolatrada. Quedó resuelto pues que el jóven matrimonio se estableciera en su misma casa, sin salir de allí jamás bajo ningun pretexto.

Clotilde recibió muy luego la noticia del casamiento de su hermana con Ricardo; no dijo una palabra, y al cabo de algunos meses se casó también con un hombre de una edad avanzada, un comerciante retirado de los negocios.

La inconstancia y la traición no suelen proporcionar la dicha en este mundo, y en breve Ricardo recibió el castigo de la falta que con tanta impudencia cometiera. La bonita Clementina, la caprichosa niña mimada se hizo una mujer de un genio endiabrado; sus hábitos de dominación se convirtieron en una tiranía insostenible. El marido trató de distraerse cuidando de las grandes haciendas de su padre político, y en efecto, algun tiempo después figuraba como uno de los principales agrónomos de la comarca. Su amor propio y su ambición estaban satisfechos, pero no por esto era mas feliz en su interior.

Cinco ó seis años transcurrieron así, al cabo de los cuales vino á morir la tia con quien estaba Clotilde. En su testamento no se habia olvidado de Clementina, y los negocios de esta sucesión llamaron á Ricardo á la capital para arreglar la cuestión de intereses.

No habia vuelto á ver á Clotilde desde que la dejó para ir á pedir su mano y enganarla casándose con la otra. Clotilde se habia quedado viuda al cabo de seis meses de hiemeneo. No sin vacilar algun tanto consintió en recibir á su hermano político; pero siempre generosa y buena le hizo una acogida afable, como si no hubiera tenido contra él ninguna queja.

Al verla mas hermosa y encantadora que nunca, Ricardo se conmovió hondamente. La pena y los remordimientos que experimentó, eran para él una expiación bien dolorosa. Con amarga sorpresa hubo de preguntarse cómo habia podido preferir á la otra hermana, cuando la diferencia entre las dos saltaba á primera vista. Clotilde de un carácter bondadoso, indulgente, amable y hermosa, poseía tantas cualidades excelentes como defectos contaba Clementina. ¿Qué ceguera habia sido la suya para haber desdeñado aquel tesoro?

En vano se indignaba contra su error fatal, y mas en vano aun trataba de combatir el sentimiento que se habia despertado en su alma, alimentado con nuevas fuerzas que le daban las pruebas del pasado y el obstáculo presente. Complicó los negocios para ver á Clotilde mas tiempo, para verla todos los días. Ella por su parte no le habia olvidado nunca, y si se casó fué por distraerse de su pesadumbre: entrambos corazones debían entenderse.

La soledad, preciosa para los enamorados, es indispensable para la felicidad ilícita. A principios de este verano, Clotilde se retiró á una casa de campo de su pertenencia en las inmediaciones del bosque de Boulogne, donde recibia las visitas de Ricardo. Allí esperaban que el mundo entero les olvidaria, ó quizás trataban de ahuyentar en el aislamiento la idea importuna de las amezazas de un porvenir fatal é inevitable.

Clementina en un principio se encontró muy á gusto con la ausencia de su marido; pero al ver que se prolongaba demasiado, llegó á pensar que agradaba á su esposo la residencia en Paris, y este fué motivo suficiente para que le escribiera intimándole la orden de su regreso.

Por la respuesta evasiva que recibió de él juzgó que su marido se empeñaba en vivir lejos de ella, y la idea si no le inspiró celos, la indujo sí á tomar la resolución de turbar con su presencia inesperada una felicidad que quiso combatir á todo trance.

Una tarde un criado discreto que Ricardo habia dejado en Paris se presentó á decirle que su señora acababa de llegar, y que sorprendida por no haber encontrado ni á su marido ni á su hermana, trataba de dirigirse al otro día á la casa de campo de Clotilde.

— ¡Todo se acabó! dijeron los enamorados.

Con anticipación habian comprendido que es imposible sustraerse impunemente á las leyes de la sociedad; pero aunque resignados á un castigo justo, fueron doblemente culpables expiando su pasión con un segundo crimen, el suicidio.

A la otra mañana cuando Clementina se presentó en la casa, encontró los dos cadáveres de Clotilde y Ricardo.

La segunda historia ha tenido mas publicidad; héla aquí con todos los pormenores con que la han contado varios periódicos:

Un rico banquero que habita en una casa campestre de la Normandía, reunió hace algunas semanas en un banquete á una porción de amigos.

Cuando se extendía en la mesa el segundo servicio, uno de los presentes, un ingeniero inglés, se aparta un poco para dejar que se acerque un criado, cuyo nombre, John, revelaba un origen británico, cuando á su vista lanza un grito de sorpresa.

John mira al ingeniero, se pone pálido, se asusta y desaparece.

Esta escena habia tenido lugar con mucha rapidez y no

había podido despertar la curiosidad ni la atención de nadie.

Sin embargo, después de la comida el banquero buscó vanamente al ingeniero inglés; todos ignoraban dónde había ido. Por fin un lacayo se presentó á decir que había bajado á la cuadra, donde le había seguido John, y donde oyeron todos los criados una conversacion muy animada entre los dos y en inglés, por lo cual no habían comprendido una palabra.

Al otro día el banquero quiso interrogar á John; pero así que el criado llegó á distinguirlo, se fue á él y le presentó un billete que estaba concebido en estos términos:

« Por mi honor respondo de la fidelidad y de la buena conducta del criado John, y suplico á su amo que no trate de descubrir los antecedentes de su vida.

» Sir JORGE R. »

El banquero no entró en informaciones.

Algun tiempo después traían á John moribundo á casa de su amo. Había salido aquella mañana misma para un corto viaje, y á su regreso el caballo se había desbocado, le había arrojado al suelo, y se hirió mortalmente.

El banquero visitó el aposento del criado cuando había muerto ya, y encontró un reloj de oro con una cadena de mucho valor, un uniforme inglés, las charreteras de mayor de caballería y el diploma de este grado extendido á nombre del vizconde de R..., pero sin ninguna correspondencia ni ningún papel que pudiera suministrar alguna luz respecto de tan singular personaje.

Al punto escribió á sir Jorge R... que aclaró muy luego todo aquel misterio diciendo que el supuesto John era el vizconde de R..., hermano suyo, cuya historia es esta:

En su juventud tenía ya el grado de mayor y servía en la India Británica.

De regreso en Londres se enamoró locamente de una bailarina andaluza, muy á la moda en aquel tiempo, y cuyas exigencias ruinosas le obligaron á improvisar recursos. Arrastrado por una pasión invencible, falsificó la firma de su padre lord R... y con ella puso en circulación una crecida cantidad de letras de cambio; pero apenas cometió este crimen, cuando conociendo cuáles habían de ser sus tristes consecuencias, huyó de la madre patria.

Lord R... estaba muy lejos de sospechar quién era el verdadero culpable, y apeló á la justicia contra los tenedores de las falsas letras de cambio. La causa que se formó con este motivo, puso en evidencia al autor del fraude. Entonces lord R... en el colmo de la desesperación, á fin de salvar el honor de su nombre, sacrificó la mayor parte de su fortuna y pagó los valores todos. Pero no contento con esto publicó en los periódicos que por error no había reconocido su firma en un principio, pero que deshecha la equivocación se había apresurado á pagar todas las letras que tomó por falsas.

Este modo indirecto de prevenir al culpable que estaba perdonado, no dió resultado ninguno, y la familia se convenció de que el pobre joven había puesto fin á sus días.

Con esto se explica la sorpresa de sir Jorge R... cuando reconoció á su hermano bajo la librea de un lacayo.

Por una resolución muy propia del carácter inglés, el mayor R... se había impuesto en expiación de su falta (así lo declaró á su hermano después de la aventura de la comida) la obligación de vivir en la última de las condiciones, no habiendo querido recurrir al suicidio. Hacia dos años que estaba sirviendo al banquero.

Esta historia lúgubre podría servir de ejemplo á toda la juventud dorada de nuestros días que vive en el desorden y la opulencia. Bien pocos tendrían por cierto el triste dolor y la sublime resignación del vizconde de R... Cuando esos príncipes del lujo y de las vanidades efímeras ven que ha llegado el fin de su fortuna y de todas sus felicidades, se hacen saltar la tapa de los sesos á fin de concluir más pronto con la miseria y las humillaciones que les esperan infaliblemente.

Para disipar la triste impresión de las dos historias que preceden, tenemos en reserva una aventura bastante original y que ha divertido mucho en la última semana á los que conocen á los héroes de la comedia. La escena pasa en París en casa de un comerciante acaudalado.

Este señor, cuyo nombre callaremos, tenía una hija única y un primer dependiente á quien trataba con familiaridad. La niña era preciosa y el dependiente no tenía nada de repugnante, de modo que los jóvenes se amaron y se lo confesaron entre sí repetidas veces. Del amor al matrimonio suele haber una distancia inmensa, sobre todo cuando las señoritas tienen una dote y un padre que calcula lo que vale el dinero.

Así Ernesto (no es este el nombre del dependiente, pero por eso se le damos) enflaquecía, cambiaba de color y cometía errores en las cuentas, sin atreverse á pedir la mano de la niña. Ya se ve; ¿cómo un pobreton de su calaña podía aspirar á casarse con la hija del opulento negociante? Por no perder sus ilusiones y su destino prefería esperar contando con la providencia.

Un día el padre de su adorado tormento le interroga sobre el cambio que notaba en él, con ese tonillo de bondad irónica que suele ser propio del que pregunta lo que sabe.

— Vamos, le dice, apuesto á que estamos de amoros.

— ¡Oh! le juro á Vd...

— Nada de juramentos, lo sé todo... ¿qué temas de mi? Estos jóvenes me hacen mucha gracia con sus secretos.

— ¿Pero sabe Vd.?...

— Sé que estás enamorado.

— ¿Y de quién?

— Eso es lo que no me importa; estás enamorado de una niña hermosísima y no te atreves á pedirla en matrimonio... ¿quién no ha estado en el mismo caso en su juventud?

— Dice Vd. la verdad, no me atrevo, no me atreveré nunca.

— Entiendo... terció en el asunto un padre rico, ¿no es verdad? Pero; ¿qué diantre! tú eres un buen muchacho, te hallas al corriente de los negocios, y esto vale algo. Mira, si quieres yo hablaré por tí á ese padre terrible, y aun te prestaré algún dinero para que te establezcas...

— Mil gracias, todo es inútil; la que amo se encuentra en una condicion muy superior á la mía.

— Como quieras; pero te advertiré que en mi tiempo los jóvenes eran más atrevidos que ahora. Un mozo de entonces habria notificado al padre la rendición, y en caso de resistencia habria robado la niña, después de lo cual el matrimonio es de ene.

Esta conversacion se repitió durante algunos días entre los mismos interlocutores, con formas diversas. Ernesto no se atrevía á presentar su peticion, porque conociendo muy bien al comerciante, sabia que cambiaria de tono cuando oyerá que se trataba de su hija.

Pero el rapto aconsejado con tanta persistencia acabó por hacer honda impresión en el ánimo de Ernesto.

— No puedo más, exclamó un día, la voy á robar como Vd. me ha dicho.

— Gracias á Dios, contestó el comerciante, pronto, pronto, hijo mio; aquí no haces falta durante algun tiempo... cuando vuelvas serás bien recibido. Ea, sin más dilaciones, á emprender el viaje... ¿Te hace falta dinero?

— Cuento con mis ahorros...

— Eres un tonto de capirote; valiente cosa para salir de un lance como ese... Toma quinientos pesos... ¿Tienes un coche?

— No. voy por el camino de hierro.

— ¡Dios mio! ¡Qué imbécil! ¡Por el camino de hierro! ¿Con que te imaginas comprometer á una muchacha por haber andado cincuenta ó sesenta leguas con ella en compañía de mil viajeros? ¡Todo tengo yo que decirte! necesitas una buena berlina, ó el rapto pierde su virtud; te prestaré mi carruaje.

Ernesto tomó el dinero y el coche ofrecidos por el comerciante, y robó su hija con arreglo á sus instrucciones. No hay para qué añadir que la consecuencia del viajecito en cuestion ha sido un casamiento inmediato.

MARIANO URRABIETA.

En el Daghestan.

(Véase el número 232.)

Tiflis 8 — 20 de marzo de 1857.

Eran las doce de la noche y dormía yo profundamente á bordo del vapor de la *Volga* cuando vinieron á decirme que habíamos llegado al fondeadero de Petrowski. Me apresuré á subir sobre cubierta para descubrir aquella tierra del Cáucaso tan deseada, pero no me figuraba el espectáculo que se presentó á mis ojos. Petrowsky es un pueblo y nada más, pero la noche estaba oscura, y eran tantas las iluminaciones en honor del representante del emperador de Rusia, que parecía aquello á cierta distancia el incendio de Babilonia. Habria querido prolongar su vista, pero el bote me esperaba, y pocos minutos después pisaba la tierra del Daghestan, tan á menudo regada de sangre humana.

Muy temprano al otro día estaba ya en pié; todo se hallaba en movimiento en la ciudad; veía llegar por todos los caminos grupos de Tcherkesses con sus trajes pintorescos bien armados y montados en caballos de mal aspecto, pero excelentes corredores.

El príncipe Bariatski gastó la mañana en visitar el castillo y en pasar revista á las tropas de la guarnición. El general príncipe Orbeliani georgiano, que manda la parte del Daghestan donde nos encontrábamos, lo tenía todo previsto para hacer el viaje no solo muy cómodo sino suntuoso.

En la tarde nos pusimos en camino por tierra; hé aquí el orden de nuestra marcha:

A la cabeza de la caravana iban unos cien milicianos indígenas musulmanes; un abanderado abría la marcha, luego venía la carretela del príncipe teniente seguida de doce mas con tiros de cuatro y seis caballos, según la longitud de los relevos; los carros con los criados y los equipajes terminaban aquella larga fila de carruajes á cuyos lados cabalgaban tres ó cuatro sotnias de cosacos del Don y una multitud de milicianos indígenas. Salimos al galope de Petrowsky y al galope llegamos al primer relevo; parecía que íbamos envueltos en un torbellino; los cosacos del Don conservaban su formación, pero los milicianos daban vueltas á una y otra parte del cortejo, con una habilidad en el manejo de sus caballos que habria sorprendido mucho á los mejores ginetes europeos.

Con la rapidez susodicha atravesamos las sesenta verstes que nos separaban de Temir-Khan-Choura — las salinas de Temir-Khan. Habia cerrado la noche hacia tiempo, pero un resplandor brillante nos anunciaba la proximidad de la población, que se hallaba literalmente encendida para celebrar la llegada del príncipe; resonaba el cañon, el cielo estaba surcado de bombas y cohetes de mil colores, y todas las bandas de música tocaban á un tiempo; si no hubiera sido por los hombres que galopaban cerca de mi carruaje, me habria sido imposible figurarme que estaba en Asia, bien que esa parte del mundo pase por la tierra de las maravillas.

Me sería imposible describir minuciosamente todas las fiestas que durante el largo viaje que íbamos á emprender por el Cáucaso, fueron dadas al príncipe Bariatski; para ello tendria que escribir un volumen que no careceria de interés por su variedad y sobre todo por su originalidad. Cada una de ellas mostraba un ca-

rácter distinto según las poblaciones: pueblos iluminados á giorno, comidas suntuosas, fuegos artificiales, hé ahí la base del programa, y sin embargo, ningún día se parecía á otro: buena voluntad en todo el mundo, recibimiento cordial, esperanza y fe en el porvenir del Cáucaso, tales son las únicas cosas que hallé repetidas durante nuestro viaje.

Al otro día de nuestra llegada á Temir-Khan-Choura, emprendimos la ascension al Karanai, monte de 7.000 piés de elevación sobre el nivel del valle, desde el cual se descubre toda la parte insumisa del Daghestan. La distancia que habia que recorrer era de veinticuatro verstes, pero de ellas dos terceras partes son accesibles á los coches. Con la misma escolta que la víspera nos pusimos en camino. Además de la cuestion honorífica, aquel gran aparato militar era tambien una cuestion de seguridad; se trataba de almorzar en una altura considerable y á la vista del enemigo, pero este podia equivocarse sobre la causa de nuestra expedición.

En el sitio en que los carruajes ya no podían marchar, hallamos caballos para proseguir la ascension y sus droschky para que la princesa Wittgenstein llegase hasta la cumbre. A cada lado de la inmensa caravana ecuestre, un batallon de granaderos vigilaba nuestros dos flancos y marchaba delante paralelamente á nosotros. El camino era muy escarpado, pero no pedregoso; era una pradera inmensa que se elevaba por cerros redondos hasta el punto culminante.

En menos de hora y media llegamos: allí nos esperaba el espectáculo más grandioso, era la imagen del caos. En el fondo medio perdido en las nubes, se alzaba la cordillera central del Daghestan cubierta de nieves eternas; mas cerca de nosotros habia una meseta terminada por un declive colosal erizado de rocas y enfrente de donde nos hallábamos; á nuestros piés se extendía el valle teatro de tantos combates, por cuyo fondo corre el Koçou de aguas de color de esmeralda. A la derecha en una de las mil desigualdades de la montaña se ocultaba *Akhulgo* que ha presenciado rasgos de heroísmo por parte de los rusos suficientes para dar materia á una nueva Iliada; luego veíamos Achitta y Tchirkate, lugares célebres en la historia militar del Cáucaso. A la izquierda en la cuesta de una roca se podía descubrir Untzukul, teatro de luchas encarnizadas. Junto debajo de nosotros una modesta aldea, un *aul*, se elevaba en un montecillo cerca del rio, lugar semejante á todos los demás, fortificado y con azoteas; le dominaba un minarete campestre rodeado de jardines y de algunos hermosos grupos de árboles. Dos hechos de armas brillantes en uno de los cuales Kasi-Mollah, predecesor de Schamyl, perdió la vida, habrían bastado para dar á ese pueblo cuyo nombre es Guimry, un lustre histórico, aun cuando no hubiera nacido en él Schamyl, que quizá se encontraba en el número de los espectadores que nos contemplaban con curiosidad suma.

La cumbre del Karanai adonde habíamos llegado, se termina por una roca enorme cortada á pico de 7.000 piés de altura. Habíase alzado allí una tienda donde se dispuso un buen almuerzo, y los brindis á S. M. el emperador Alejandro II acompañados primero por las pacíficas detonaciones del Champagne, fueron seguidos del ruido más imponente de las descargas de la fusilería, y todo ello terminó con bailes de soldados que imaginaron esa diversion para descansar de la subida. Mas tarde supimos que en respuesta á esa demostracion semipacífica, nos tiraron desde el fondo del valle algunos cañonazos; pero la distancia y la direccion del viento no nos permitieron oírlos.

A pié y llevando á nuestros caballos por la brida, principiamos á bajar el cerro superior; aquella masa compacta de hombres y de caballos, los variados trajes de nuestra escolta musulmana, ofrecían un cuadro del más alto interés. El droschky en donde iba la princesa Wittgenstein pudo llegar hasta la cumbre, gracias á los brazos robustos de los soldados de infantería de nuestra escolta. La bajada por el mismo medio habria sido muy peligrosa; ocho fusiles cruzados llevados por ocho hombres y sobre los cuales habian hecho un asiento con capotes militares, ofrecieron una silla cómoda á nuestra compañera de viaje, que volvió á tomar su puesto en el droschky en cuanto la cuesta menos escarpada de la montaña nos permitió á nosotros tambien montar á caballo.

Antes de regresar á Temir-Khan-Choura, fuimos á visitar uno de esos fuertes aislados que encierran un batallon de infantería y que rodean con una barrera erizada de fusiles y cañones toda la parte insumisa del Cáucaso. Es un verdadero convento militar; la reclusion allí es absoluta, pues el paseo á cien pasos de las fortificaciones ofrece en todo tiempo los mayores peligros y á cada instante hay que andar á tiros.

Temir-Khan-Choura es una ciudad enteramente nueva, y el centro de un gran distrito militar cuyo mando tiene hoy el general Orbeliani; son notables los jardines públicos, el palacio del gobierno y los establecimientos militares; cuando la pacificación general del Cáucaso sea un hecho consumado, su buena posición la asegure un buen porvenir.

Asuntos importantes de administracion y de inspeccion minuciosa detuvieron dos días al príncipe en Temir-Khan-Choura, y en cada una de las noches hubo bonitas fiestas; el tercer día por la mañana salimos para ir á pasar la noche á Dachlagar, que es un punto fortificado igual á los muchos que debíamos encontrar en lo restante del viaje.

Durante todo el día caminamos con rapidez por un llano ondulado, por donde los ginetes corrían y caracolaban á su gusto. A nuestra derecha se elevaban los pri-

meros contrafuertes de la cordillera del Daghestan. En el último relevo vimos el regimiento de dragones llamado de Nijni-Novgorod, uno de los mas hermosos regimientos de caballería de Europa que volvia de la campaña de Asia, donde se habia cubierto de gloria en la batalla de Kurug-Darah.

En la otra mañana atravesamos un pais mas desigual, colinas cubiertas de monte bajo y llanuras con árboles seculares. Habia sobrevenido la noche, y marchábamos con rapidez en la oscuridad, cuando al volver una colina me quedé deslumbrado de repente por una claridad inmensa. Eran unos cincuenta ginetes indígenas con teas alimentadas por el nafto y que alumbraban el cortejo

hasta Derbent, término de nuestro viaje por aquella noche.

Estas teas de nafto merecen una descripción: al extremo de un palo largo hay una cazoleta de hierro que llenan de trapo ó de estopa empapado en nafto; un fósforo basta para encender ese betún líquido que produce una luz de un blanco brillante; algunos hombres igualmente á caballo que llevaban grandes cántaros de ese aceite mineral, corrian al frente de la columna yendo de uno á otro para empapar de nuevo las estopas que amenazaban apagarse por falta de combustible. El camino parecia sembrado de fuego, y la escena tenia un carácter fantástico; pero en breve un resplandor mas intenso

aun, el ruido del cañon y los hurras frenéticos me anunciaron la proximidad de Derbent, cuyas antiguas murallas atravesaba yo un minuto despues.

Ni la pluma ni el pincel podrian dar una idea del espectáculo que presencié en las calles estrechas de la ciudad asiática. Era una muchedumbre compacta que obstruía el paso, las azoteas de las casas estaban llenas de gente, y por todas partes se oian hurras, por todas partes se veian las mas brillantes iluminaciones. Nunca me habia encontrado en igual fiesta, y tenia verdadera necesidad de recogerme un poco cuando tomé posesion del aposento elegante en que me dieron la hospitalidad.

Desde los límites de la provincia de Derbent hasta



Viaje al Cáucaso. — Bajada del Karanai.

Dachlagar, el general Mineguis que la manda, hacia los honores al príncipe, y recibia con la mayor afabilidad á todas las personas del cortejo. Pasamos un dia entero en esa ciudad, que se lisonjea de haber sido fundada por Alejandro el Grande, y cuyo suelo pisó otro soberano calificado tambien de Grande por la historia, Pedro I de Rusia. La poblacion se encuentra en la punta mas apartada de los últimos contrafuertes del Cáucaso. Enteramente rodeada de murallas, donde los romanos dejaron el sello de sus obras, y con puertas adornadas al gusto del arte persa, se encuentra dominada por un castillo fuerte de donde parten las fortificaciones que, bajando hasta la mar, parece que la encajonan entre dos brazos gigantescos.

La parte baja del recinto se halla ocupada por la ciudad rusa moderna, trazada con regularidad y adornada con casas cómodas; en el centro se eleva una iglesia de un estilo elegante, cuyo arquitecto es el príncipe Gregorio Gagarine, nombre con que se tropieza en el Cáucaso por todas partes donde se ve un edificio de buen gusto. En el declive que conduce al castillo está situada la ciudad musulmana con sus calles estrechas y tortuosas, sus casas bajas con azoteas. Allí se encuentra una mezquita muy antigua, entre esa poblacion tártaro-persa de traje tan pintoresco.

La ciudad de Derbent queriendo festejar al teniente del emperador, le ofreció el dia despues de su llegada un gran banquete, en un edificio que á falta de otro nom-

bre llamaré la casa comun. Todo el camino que debia recorrer el príncipe para ir al convite, estaba brillantemente iluminado. Nada diré del ornato de los salones, ni de la comida que fué espléndida; pero quiero describir un *derbaz*, cuarto arreglado á la persa por un oficial de ingenieros. Las paredes y el suelo estaban cubiertos con hermosos tapices de Rusia; almohadones bordados de oro, de plata y de sedas de diversos colores cubrian los divanes, y en una porcion de trofeos se distinguian las armas mas curiosas del Cáucaso, los cascos de mallas, los chachkas, los puñales con vainas de plata cincelada, y las pistolas tan curiosamente trabajadas.

Una lluvia menuda cubria la campiña de un vapor diáfano, cuando nos pusimos en camino al dia siguiente.

te. Como en todo el viaje llevábamos la consabida escolta que se cambiaba en todos los relevos. El aspecto del país era el mismo del de los días anteriores, á la derecha altas colinas con grandes hondonadas y llanuras, sin otros límites que el mar Caspio á la izquierda.

A eso del medio día llegamos á las orillas del Samur, uno de los ríos mas bravos del Cáucaso. Su cauce tiene una anchura de tres verstes. En la primavera cuando el deshielo de las nieves, arrastra todo á su paso. Habíanse tomado las mayores precauciones para la seguridad de la caravana, cada uno de los brazos del río impetuoso estaba guarnecido en el vado por una larga línea de tártaros con el agua hasta medio cuerpo, dispuestos

á lanzarse á la primera desgracia; pero gracias á Dios no tuvieron que moverse, pasamos sin novedad á la orilla opuesta, y continuando nuestra correría, llegamos de noche á uno de esos puestos aislados de que he hablado antes, llamado Kusary, donde debíamos pasar la noche.

Como salí de aquí muy de mañana, de nada puedo hablar sino es del buen recibimiento que nos hizo el comandante del regimiento que se halla de guarnición en Kusary.

La lluvia de la víspera se había cambiado en nieve, y á una temperatura suave había sucedido un frío muy extraño en aquella estación. Por fortuna debíamos an-

dar poco, y antes de la hora del almuerzo atravesábamos el arrabal de Kauba, donde teníamos que pasar la noche, y subíamos la cuesta bastante escarpada donde se halla construida la ciudad.

El mal tiempo me impidió recorrer la población, de modo que pasé el día en la casa donde se alojó el príncipe Bariatinsky. Esta casa, propiedad de un príncipe musulmán, general al servicio de Rusia, tenía para mí todo el encanto de la novedad. No había divanes, sino alfombras y almohadones en el suelo, pues dieron por habitación al príncipe el harem, después que hicieron salir á las mujeres. El salón donde pusieron la mesa era de un estilo que tenía para mí un encanto particular,



Viaje al Cáucaso. — La caravana en viaje.

aunque acostumbrado á ver las construcciones orientales. La parte que miraba al jardín estaba descubierta; el techo sostenido por ligeros pilares, y enteramente guarnecido de vidrios de colores entre artesonados del trabajo mas exquisito, presentaba unos cuarterones ricamente ornados; tres lámparas de plata colgaban de él, y arriba se veía un ancho florón formado de espejillos, que por la noche cuando se encendieron las luces parecía un enorme diamante primorosamente cortado. En cada extremo había una chimenea persa mas alta que ancha, coronada con una especie de nicho adornado con los dibujos mas ingeniosos.

Al frío de la víspera sucedió una temperatura agrada-

ble, el país que recorrimos era monótono: llanuras interminables limitadas á la derecha á una distancia enorme por colinas bajas; de tiempo en tiempo á la izquierda la vista se extendía sobre el mar Caspio.

Allí encontramos los primeros camellos desde que estábamos en Asia. Pero difiere mucho del camello egipcio: bajo, con dos jorobas, un cuello enorme, de pelo duro y cabeza pequeña, no se parece en nada al camello corredor del desierto; sin embargo, le aventaja en la facultad que posee de resistir á los climas mas extremados, y se le encuentra tan vivo en medio de las nieves de las grandes mesetas de Asia, como en las arenas ardientes de las cercanías de Bagdad.

El término de nuestro viaje por aquella noche era una estación de posta recién construida, que se inauguró aquel día. También allí se festejó la llegada del príncipe. Zelonog-Burune (tal es su nombre) resplandecía de iluminaciones cuando llegamos. Antes de la comida asistimos á una ceremonia nueva para mí, interesante para todos; se trataba de la bendición de la nueva casa. Habíase alzado en la sala un altar provisional, y después de algunas plegarias, acompañadas con los cantos de la iglesia griega, el sacerdote y el diácono recorrieron la habitación hasta en los lugares mas recónditos, echando agua bendita en abundancia.

Por otra llanura viajamos al otro día. A pesar de un

viento fuerte que nos enviaba el mar Caspio, cuyas orillas seguíamos á la distancia de cuatro á cinco verstes, la rapidez de nuestra carrera no se disminuyó; pero había mucho que andar, y era, sin embargo, bien de noche cuando llegamos á Baku, término de la jornada. Si en Derbent encontramos una escolta para alumbrarnos, no podía faltarnos luz en la tierra del fuego. Nada mas fantástico que el torbellino de llamas que nos rodeaba por todas partes. Los efectos de luz mas inesperados, las sombras mas caprichosas se sucedían con rapidez. Yo me creí un momento juguete de una alucinación mientras atravesaba por tanto fuego oyendo el estrépito de la artillería y los gritos de la muchedumbre, y creí salir de un sueño cuando despues de haber pasado las puertas de la fortaleza, me encontré en el salon de Hadji-Mohammed, donde recibí la hospitalidad.

Al otro día de nuestra llegada hicimos durante la noche una escursión á los Fuegos eternos, ese templo de Güebros situado á diez y siete verstes de Baku. Dudo que los continuadores de la religion de Zoroastro hayan encontrado nunca un lugar mas propicio para las ceremonias de su culto. Allí asistí á una fiesta que se dió al príncipe, cuya parte principal consistía en una lucha de atletas.

No quiero pasar de Baku sin hablar del palacio de los antiguos Khanes y de la mezquita que se encuentra allí cerca. He visto el Alcázar de Sevilla, la Alhambra y el Generalife; me quedé maravillado con la finura de los detalles, la riqueza y la originalidad del ornato, pero lo vuelvo á ver todo eso en Baku, quizá con mas imaginación y gracia en el dibujo; el arte persa, en ese punto, es bien superior al arte árabe, pero lo que asegura al palacio de Baku una superioridad sobre los edificios que acabo de nombrar, es que en lugar de ser de ladrillos cubiertos de estuco, es de piedra muy dura trabajada como un encaje, y en tal estado de conservación que parece que sus poseedores primitivos acaban de abandonarle.

No debo olvidar tampoco el recinto fortificado de la ciudad, lo que llaman la fortaleza, en medio de la cual se eleva un inmenso torreón aislado. Estas fortificaciones de la edad media son anteriores al palacio de los Khanes. Aun mencionaré otras construcciones cuyos restos se pueden ver en la rada bajo las aguas del mar, y que demuestran hasta la evidencia que el Baku actual se elevó despues de que la ciudad que ha reemplazado quedó enterrada en uno de los grandes cataclismos volcánicos que han sido tan frecuentes en esta tierra, donde haciendo un agujero con un palo, y aplicando luego un fósforo se logra una luz soberbia, en fin, la tierra del fuego.

DALILA

DRAMA EN TRES ACTOS Y SEIS CUADROS

POR

OCTAVIO FEUILLET

Representado por primera vez en el teatro del Vaudeville en Paris el 29 de mayo 1857.

LEONORA.

No, no, Andrés, no puedes pensar que he amado á ese Carnioli que conocéis, á ese hombre de corazón corrompido... de alma helada... á ese libertino vil, no, jamás... Amé una hora, un instante... para mi eterna desesperación, á una sombra de nobleza, de grandeza entusiasta, de ternura exaltada... Y esa es la mentira que un día sorprendió con un arte infernal... mi pobre corazón estaba entonces tan triste... tan solo... tenía tanta necesidad de amar... pero siempre oculté celosa á su contacto, á su insolente ironía, los verdaderos sentimientos de mi corazón... mis sueños de juventud, de amor, de virtud... mi alma, en fin, mi alma, que él no ha conocido, que nació al influjo de vuestra mirada... que os sobrevivirá... para vengaros. (Yendo á él de repente.) Partid... que no os encuentre aquí cuando vuelva... que no tenga yo que sonrojarme delante de ese miserable... partid, es mi último ruego. (Le toma la mano que besa inclinándose.) Andrés, no os amaba, si no queréis creerlo... os respetaba, os adoraba... ¡Oh! esto si que es verdad... érais para mí todo en esta vida... todo lo que es bueno y virtuoso, todo lo que me consolaba de mi misma... y ahora todo se acabará cuando se acabe la mirada de vuestros ojos... ¡Andrés, Andrés mio! (Se prosterna á sus pies.) Gracias porque me habeis amado.

ROSWEIN.

¡Leonora!... La palabra no puede expresar cuán culpable sois... si gastáis tantos juramentos y tantas lágrimas para engañar á un infeliz tan confiado como yo... levantaos, os amo.

LEONORA, de rodillas mirándole con angustia.

Andrés, ¡oh, no! si es una burla, os juro que el castigo será mucho mayor que la falta.

ROSWEIN.

No me burlo, Leonora... Te amo... (La levanta y la estrecha en sus brazos.)

LEONORA, mirándole con pasión.

¡Eres un ángel!... pero ¿qué soy yo, Dios mio, qué soy yo?

ROSWEIN, haciéndola sentar, y sentándose junto á ella, á la izquierda.

Olvídadlo todo como yo lo olvido... No lloreis... Dime,

¿quieres salir de Nápoles? ¿A qué rincón del mundo quieres que te lleve?

LEONORA.

¡Andrés!

ROSWEIN.

Ahora puedes ser dichosa... ya no hay entre nosotros ni mentira ni segunda intención... serás dichosa, ¿no es cierto? ¿me lo prometes?... Y tambien serás mejor para mí, me harás bendecir muy á menudo este día de lágrimas amargas... (Levantándose.) Pero no quiero que ese hombre vuelva á entrar aquí, voy á prevenirle... Leonora, retiraos á descansar... si entrase en este momento no respondo... Hasta mañana.

LEONORA, mirándole.

Andrés... no os volveré á ver mas.

ROSWEIN.

Mañana al despuntar el día iremos como en otro tiempo, como en la primavera de nuestro amor, á correr por las ruinas recogiendo flores en el rocío... ¿Me creéis?

LEONORA.

Os creo... (Le besa las manos.) ¡Te adoro!... (Sale por la derecha.)

ESCENA VI.

ROSWEIN, solo.

Sí, ese es el acento de la verdad, ó la misma luz del día no es mas que mentira y tinieblas... ¿Qué dirá Carnioli?... Aumentará las acusaciones, pero con una palabra le responderé... (Carnioli se presenta en el fondo.) ¡Aquí está ya!...

ESCENA VII.

ROSWEIN, CARNIOLI.

CARNIOLI.

Sí, aquí estoy ya, y con pruebas que han de parecerse...

ROSWEIN.

Es inútil, me lo ha confesado todo.

CARNIOLI.

Me lo figuré... Entonces arregla tus cosas y vámonos.

ROSWEIN.

No.

CARNIOLI.

¿No?... Pues, amigo mio, siento decírtelo, pero eres un...

ROSWEIN.

¡Un cobarde!... está bien, pero no lo repitais, creedme... Habeis sido mi bienhechor, Carnioli, y me he acordado de ello... pero ya basta... ¡un ultraje mas, y mi mano le sofocará en vuestros labios!...

CARNIOLI, friamente, despues de una pausa.

Querido mio, tú serás causa de que concluya yo mis días en un convento... ¡Ah! ¡mujer maldita!... ¿Cómo he podido olvidar que en todo tiempo bastó uno de esos frágiles escollos para quebrantar toda la fuerza humana?... Un niño lo sabe... Onfale, Circe, Dalila, esos nombres de magas que brillan como faros en la tradición del mundo, no me dieron á mi ninguna luz... Pero no triunfará... sabré arrancarte de su poderío... A Dios gracias, con dos palabras que te diga, me seguirás.

ROSWEIN, sentándose.

Nunca.

CARNIOLI.

Me seguirás, si te queda un resto de corazón en el pecho... Quería prepararte para este golpe, pero no es tiempo ya... oyeme: los he visto á los dos... hace tres días. (Movimiento contenido de Rosweín que escucha como á pesar suyo.) Hace tres días, estaba en Sicilia... por cosas de negocios, esto es secundario... era cerca de una casa que poseo entre Palermo y Monreale, en un valle abrigado contra los vientos de la mar, donde van las personas delicadas á recobrar su salud...

ROSWEIN, levantándose.

¡Carnioli!

CARNIOLI.

Allí me paseaba al caer la tarde, triste, sin saber porqué, cuando de repente al acercarme á una casita escondida entre los árboles oigo unos sonidos en el fondo del jardín... y reconozco el arco, reconozco la mano... ¡Ay, qué dolor el mio! Quise huir; pero no sé qué sentimiento me arrastraba contra mi voluntad hasta el fondo de aquel abismo de amargura á cuya vista me habia llevado el acaso.

ROSWEIN.

¿El acaso, Carnioli?

CARNIOLI.

Sí... la puerta estaba abierta... entré sin hacer ruido en aquel jardín, y llegué á ver un grupo de tres personas... una de ellas me era desconocida, pero com-

prendí que era un médico... En cuanto á las otras dos, las conocía... el anciano me parecía que estaba cambiando... la jóven no; pero su palidez, su actitud, sus ojos brillantes me declararon que el médico que estaba allí, iba por ella... En aquel instante el anciano dejaba su arco, y la jóven me pareció que se dormía... sus labios entreabiertos murmuraron algunas palabras y oí tu nombre.

ROSWEIN.

¿Qué decía pues?... Acabad, os escucho.

CARNIOLI.

Era como un delirio; repetía tus palabras de amor; luego suplicaba á su padre, suplicaba á Dios que te perdonara.

ROSWEIN.

¡Marta... Marta!...

CARNIOLI.

Durante ese tiempo... ¡ah! nunca olvidaré nada de tal escena, aunque viviese diez mil años... durante ese tiempo los dedos del anciano recorrían maquinalmente las cuerdas arrancando sonidos, ayes agudos que penetraban en mi alma... Padre mio, dijo ella sonriendo, quiero oír el canto del Calvario... No, no, respondió él, queriendo sonreír igualmente, le oírás el día de tu boda... La jóven le clavó los ojos sin responder... y el anciano, sacudiendo sus canas sobre su frente pálida, tomó el arco... (Con viva emoción.) Entonces oí el canto del Calvario... Mientras tocaba, gruesas lágrimas caían una á una sobre sus pobres manos delgadas y trémulas... lloraba... la madera y el cobre lloraban tambien... ¿Y yo?... Solo ella no lloraba.

ROSWEIN.

¡Señor!... ¡Misericordia!... (Inclina su cabeza sobre el hombro de Carnioli.)

CARNIOLI.

Sali á la puerta á esperar al médico... que me dió noticias desconsoladoras... ¿Y si la devolvieran el hombre á quien ama? le pregunté. Entonces, me respondió, ¡quizá!

ROSWEIN.

¡Ah! marchemos pronto, Carnioli.

CARNIOLI.

Bien me lo figuraba yo... marchemos, te acompañaré.

ROSWEIN.

Sí, dentro de dos minutos... (Levanta la colgadura del cuarto de Leonora.)

CARNIOLI.

¿Pero adónde vas?

ROSWEIN, con fuerza.

¡Oh! no temais nada, Carnioli; os juro que voy á seguirlos... pero no puedo salir de aquí como un bandido que se escapa; no, se lo voy á decir todo y me comprenderá: esperadme.

CARNIOLI.

Andrés, ten mucho cuidado.

ROSWEIN.

Nada temais. (En el momento en que va á entrar, Maria sale y le cierra el paso.)

ESCENA VIII.

ROSWEIN, CARNIOLI, MARIA.

ROSWEIN.

Voy al cuarto de tu señora.

MARIA.

No se entra... está durmiendo.

ROSWEIN.

¿Durmiendo ahora?... Imposible.

MARIA.

La señora estaba indispuesta y me ha encargado que no la incomoden bajo ningun pretexto.

ROSWEIN.

Vaya, déjame pasar.

MARIA.

Pero señor, me despedirán de la casa.

CARNIOLI, con fuerza.

Apuesto mi cabeza á que ha salido.

ROSWEIN, empujando violentamente á la criada.

Quitate de delante. (Permanece un momento fuera de la escena.)

CARNIOLI.

¿No es verdad que ha salido?

MARIA, bajando la escena y llegando á la derecha.
No lo sé.

ROSWEIN, saliendo con una carta en la mano. Con risa forzada.

Teniais razon, Carnioli, teniais razon.

CARNIOLI.

¿Y porqué te ries?... Cálmate, amigo mio.

ROSWEIN.

Me rio, porque es un lance gracioso á fuerza de ser infame... Ya la habeis visto .. ahí... de rodillas... cubriendo mis manos de caricias y de lágrimas... ¡Ah!... sabe hacer comedias... y sobre todo escribir cartas..... hé aquí su obra maestra, amigo mio. (A Maria que quiere retirarse con voz terrible.) Quédate aquí, malvada... Oídme... (Lee la carta.) « Mi querido maestro: Yo dejo cuando me agrada, pero no quiero que me dejen á mí.»

CARNIOLI.

¡Ah! la reconozco.

ROSWEIN.

Y yo tambien... (Yendo de repente á Maria la toma por el brazo y la dice con voz sorda.) Oyeme y responde una vez en tu vida diciendo la verdad, ó pagarás por todos... ¿Se ha marchado con el cantante?

MARIA, á Carnioli.

¡Socorredme!... Tengo miedo.

CARNIOLI.

Responde pues.

MARIA.

Sí.

ROSWEIN.

¿Adónde van?... ¿Qué camino han tomado?

MARIA.

El de Gaeta.

ROSWEIN.

Está bien... Carnioli, tenéis abajo caballos, ¿no es verdad? Conozco un camino que no ha podido seguir en carruaje .. le tomaremos, y antes de que ellos lleguen, estaremos nosotros en las Termas de Neron..... por allí tienen que pasar, los esperaremos... (Toma unas pistolas: á Maria.) ¿A Gaeta has dicho?... (La arroja el bolsillo.)

CARNIOLI.

¿Qué quieres hacer con esas armas?

ROSWEIN.

Ya lo vereis.

CARNIOLI.

¿Y Marta?... ¿te olvidas de Marta?

ROSWEIN.

No, no la olvido; la veremos..... iremos á su casa.... (Vacila como presa de un vértigo pegándose en el pecho.) ¡Corazon cobarde!... llega hasta lo último!

CARNIOLI.

¿Adónde quieres ir, desgraciado, si no te puedes tener en pié?

ROSWEIN, con una energía febril.

Estais loco, Carnioli; en mi vida me he sentido con mejor salud... Vámonos.

CARNIOLI.

No te seguiré.

ROSWEIN.

No me sigais. (Se aleja.)

CARNIOLI.

Andrés, espérame... ¡Ah! ¡qué desenlace!... (Vase detrás de Andrés.)

SEGUNDO CUADRO.

Son las doce de la noche. Un camino escarpado á la orilla del mar. Unas ruinas romanas á la derecha; grupos de rocas y algunos árboles. En el fondo la mar.

ESCENA PRIMERA.

ROSWEIN, CARNIOLI.

ROSWEIN, dentro.

Beppo, llévate los caballos, y espéranos en esa casa donde hemos visto luz... á poca distancia de este sitio. (Sale por la derecha.) Aquí esperaremos, pues por aquí deben pasar forzosamente.

CARNIOLI.

Andrés, amigo mio, concluyamos... Me tienes como presa de un sueño horroroso... Cien veces en diez minutos he querido lanzar mi caballo al mar... la cabeza me arde... ten piedad de mí, ten piedad de tí mismo...

No permanezcamos en este lugar siniestro... me asaltan presentimientos terribles... Alejémonos.

ROSWEIN.

Puedes marcharte si quieres.

CARNIOLI.

¡Ah! piensa en la Sicilia, Andrés... piensa en el canto del Calvario.

ROSWEIN.

Bien le canto yo ahora.

CARNIOLI.

Esperaremos inútilmente; hace mas de una hora que salieron, y han debido pasar hace tiempo.

ROSWEIN.

Sé lo que se tarda.

CARNIOLI, yendo hácia el fondo.

Pero ahora que me acuerdo, habrán preferido el mar, es la costumbre de esa mujer cuando va á Gaeta, puedo asegurártelo.

ROSWEIN.

La criada nos lo habria dicho... escuchad... oigo ruido de caballos...

CARNIOLI.

Son los míos que se los lleva Beppo... Llamémosle y marchemos.

ROSWEIN, subiendo á las ruinas.

¿No veis allí á la mitad de la cuesta un punto negro? Es un coche... ¿no le veis?

CARNIOLI.

¡Eh! ¿qué quieres que vea en esta noche horrible?... Estás loco...

ROSWEIN.

Allí... donde apunto... ¿veis ahora?... Ellos son... ya llegan... (Bajando.) ¡Ah! ¡santos del cielo!... ¿Qué va á pasar aquí?

CARNIOLI.

Andrés, dame tus armas, no eres ahora dueño de tí mismo... Quiero servirte de padrino contra ese joven... pero si pretendes que presencie yo el asesinato de una mujer...

ROSWEIN.

¡Una mujer! ¿Es una mujer esa criatura diabólica? Y luego, ¿no lo merece?... ¿quién hace lo que ella ha hecho?... hollar á sus piés todo lo que es sagrado é inviolable... convertir la palabra, las lágrimas, la sonrisa en una mentira odiosa... hacer del alma del hombre un juguete ... del nombre mismo del cielo una traicion cobarde... y todose arreglará diciendo: ¡Soy una mujer!... No, no, lo juro, no será así... (Un coche de color sombrío con un tiro de dos caballos negros atraviesa el camino por el fondo.)

ROSWEIN.

Ahí están. (Se precipita.) Detente... ó eres muerto!

CARNIOLI, queriendo contenerle.

Te engañas, Andrés, mira que este coche no es el suyo.

ROSWEIN.

Veámoslo. (Abre con violencia la portezuela del coche, y retrocede lanzando un grito terrible; Carnioli le contiene con la mano.) ¡Ah!!! (Cae á la derecha.)

ESCENA ULTIMA.

LOS MISMOS, SERTORIO.

SERTORIO, pálido, desfigurado, siniestro, mostrándose fuera del coche en pié sobre el estribo.

¿Qué hay?... ¿qué me queréis?... Aquí está mi hija muerta que llevo á enterrar á Alemania... fué su deseo... Mi hija única... ¿qué queréis de mí?

CARNIOLI, turbado.

¡Ah!... nada temais...

SERTORIO.

Nada temo; ¿qué puedo temer ahora?... Mi hija está muerta!...

CARNIOLI.

Seguid vuestro camino en paz. (Hace señal al postillon de que se aleje.)

SERTORIO.

Gracias, señores, la llevo á Alemania, porque ese fué su deseo...

CARNIOLI.

Sí, sí, idos en paz... ¡Dios os proteja!... (Cierra la portezuela; el coche desaparece en las tinieblas.) Andrés... ¿dónde estás?... ¿Padeces mucho, amigo?

ROSWEIN, con voz apagada.

No lo bastante aun...

CARNIOLI.

¡Qué pálido estás!... Dame tu brazo.... tu pulso.... ¡Dios mio!... (De repente dos voces se elevan en la mar cantando el canto de Boubdil; se reconoce la voz de Leonora. Una barca con luces de colores aparece á lo lejos.)

ROSWEIN.

¡Escuchad!... ¡Escuchad!

(Pone el pié en una roca señalando la barca, y como en delirio trata de repetir una frase del canto; luego su voz se apaga y cae en los brazos de Carnioli.)

CARNIOLI, fuera de sí alzándose sobre la roca y gritando hácia la mar.

¡Silencio, canaglia!... ¡Andrés se muere!... (Los cantos continúan debilitándose; Carnioli sostiene en vano á Andrés que cae en medio del camino.) ¡Ah! pobre amigo mio!... Habla... ¿no me oyes? ¡Ha muerto... (Cae de rodillas y llora.) ¡Señor... recíbele con misericordia!

FIN.

Inauguracion del nuevo canal del Durance, llamado canal de Carpentras.

El año pasado por ahora no hablábamos mas que de los estragos producidos por las inundaciones; hoy, gracias á Dios, el mal está olvidado, la cosecha aparece abundante por todas partes, y el hacendado así como el arrendatario rebosan de júbilo. Imitemos pues al labrador provenzal que tanto piensa ya en las inundaciones del Durance como en el diluvio, y hablemos de los bienes presentes, recordando que la ciudad de Marsella debe su alimentación y su salubricacion al Durance; que desde hace tres siglos las aguas del Durance, conducidas por Adam de Craponne, fertilizan el Crau haciendo nacer verdes oasis en un desierto de guijarros.

Si volvemos nuestras miradas á la orilla izquierda del rio, encontraremos el país mas verde de la tierra. Y esto consiste en las sangrias que desde tiempo inmemorial se han hecho al Durance, á cuyo beneficio las laderas estériles se han trasformado en praderas y jardines, y se han cubierto de casas de recreo.

A fines del siglo XII principiaron los obispos de Cavillon la canalizacion del Durance. En el siguiente los cartujos de Bonpas abrieron un canal nuevo. En 1770 y despues el duque de Crillon hizo construir el que lleva su nombre, gastando en las obras mas de un millon. En 1808 un alcalde de Aviñon, M. Puy, mandó abrir otro canal, y todos ellos regaban unas 9,400 hectáreas de terreno. Cada vez se llevaron las aguas á un nivel mas alto, y así el regadío se extendió mas. El atajo de Merindol, abertura muy ancha y de un nivel elevado, se proyectó á mediados del siglo XVIII por un arquitecto llamado Brun, pero los proyectos no fueron ejecutados hasta mucho despues, en 1824; el Cabedan nuevo no regaba mas que 12,000 hectáreas, y las aguas del Durance apenas salian hasta allí del valle atravesado por ese rio, pero en 1842 pueblos mas apartados votaron fondos para los estudios del canal llamado del Isle que derrama sus aguas desde hace cuatro años.

Nos parece de algun interés el hablar del modo de ejecucion adoptado para ese canal, así como tambien para el canal de Carpentras.

Se abrieron listas de suscripcion en los pueblos interesados, y cada hacendado declaró por cuánta superficie queria tomar parte en la empresa, reservándose la facultad de extender luego esa superficie. Este sistema tiene la ventaja de constituir al poseedor del terreno en accionista, que se da á sí mismo el dividendo por el provecho que saca regando su tierra.

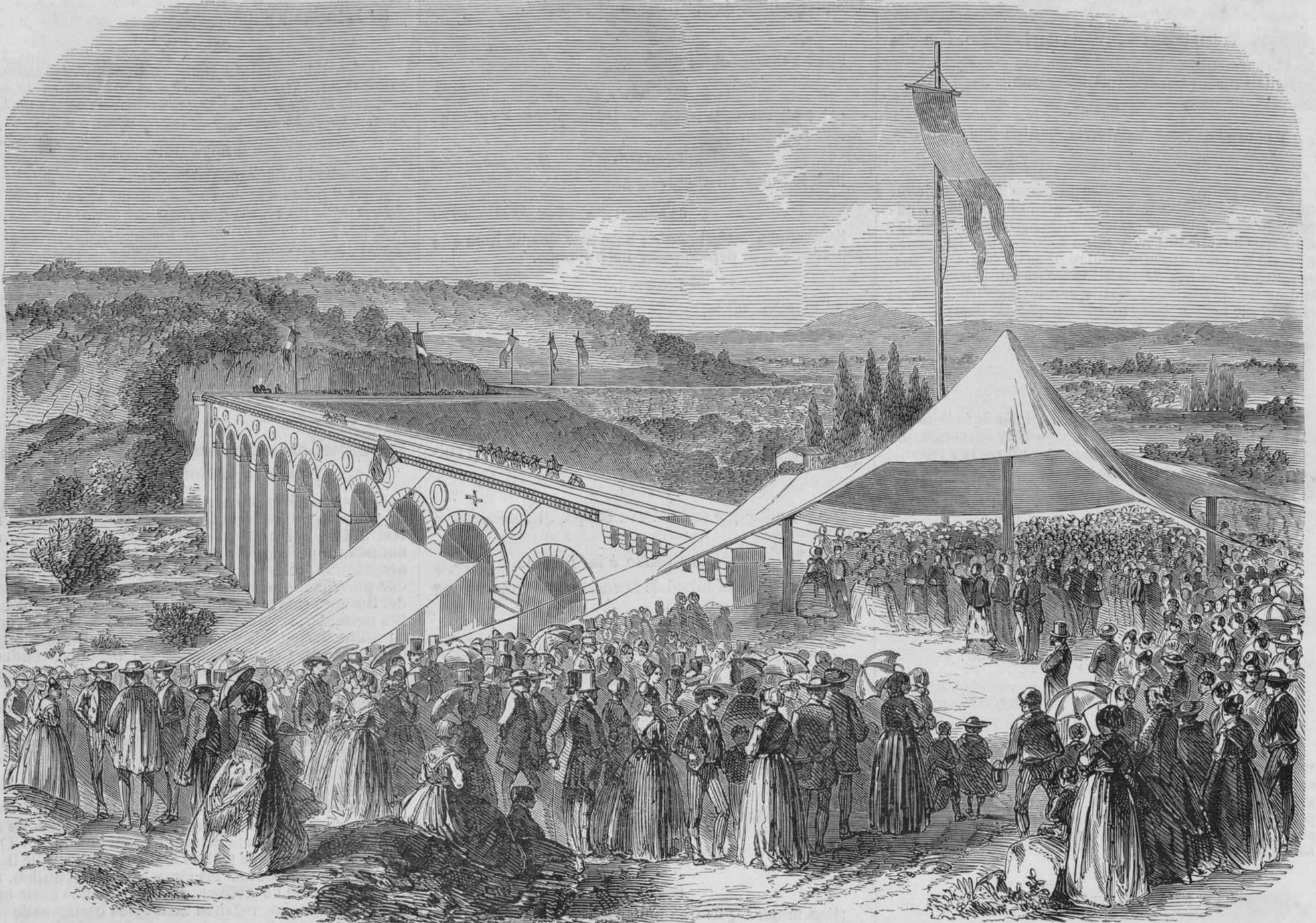
El canal de Carpentras se autorizó legalmente en 1853, y se pusieron manos á la obra en 1854. Hoy está suscrita una superficie de 5,300 hectáreas entre mas de 6,000 suscritores; la superficie del territorio de regadío es de 17,000 hectáreas que comprende los pueblos de Saumanes, Isle, Velleron, Pernes, Carpentras, Monteux, Loriol, Aubignan, Beaumes, Sarrians y Jonquieres.

Una comision de ocho miembros administra el canal cuyos trabajos han sido dirigidos por los ingenieros de puentes y calzadas del departamento.

El largo total del canal de Carpentras partiendo del atajo del Durance hasta el torrente del Ouveze donde desemboca, es de 77,000 metros. Sus obras principales son: 4 subterráneos, uno de ellos el de Sarrians, de 1,030 metros de largo; — 7 puentes acueductos; el de Galas, cerca de Vaucluse, que es el mas importante, tiene 13 arcos de 9 metros de abertura y 25 metros de alto sobre las aguas del Sorgue que corren bajo los arcos 2º y 3º; el grueso entre las cabezas es de 5 metros; — 259 obras de arte como puentes, canales, acueductos, etc.

En las obras se han invertido dos millones y medio de francos, cubiertos por las suscripciones, por un empréstito, y por una subvencion de 200,000 francos acordada por el ministerio de obras públicas.

El domingo 12 de julio recibió el nuevo canal las aguas del Durance, y tuvo lugar la inauguracion de una obra importantísima por su utilidad agricola. Se eligió para lugar de la ceremonia la sombra del hermoso acueducto que segun el efecto que produce parece haber sido construido tanto para servir de pórtico monumental al valle de Vaucluse como para servir de cauce á las aguas del canal. El penúltimo arco se habia trasformado en



Ceremonia de inauguracion del nuevo canal de Carpentras.

capilla; ricas tapicerías, verdes guirnalda dispuestas en cruz y un elegante baldaquino, indicaban el destino que tenía. Solo faltaba la luz misteriosa de las vidrieras góticas; pero en vez de pinturas artificiales había el azul del cielo y de las montañas, la verdura de las aguas y de los árboles. En lo alto del edificio se veía una tienda rodeada de banderas para el momento de la bendición de las aguas. El tiempo estaba soberbio, por todas partes se distinguían horizontes azules y transparentes como en España, en Grecia ó en Italia.

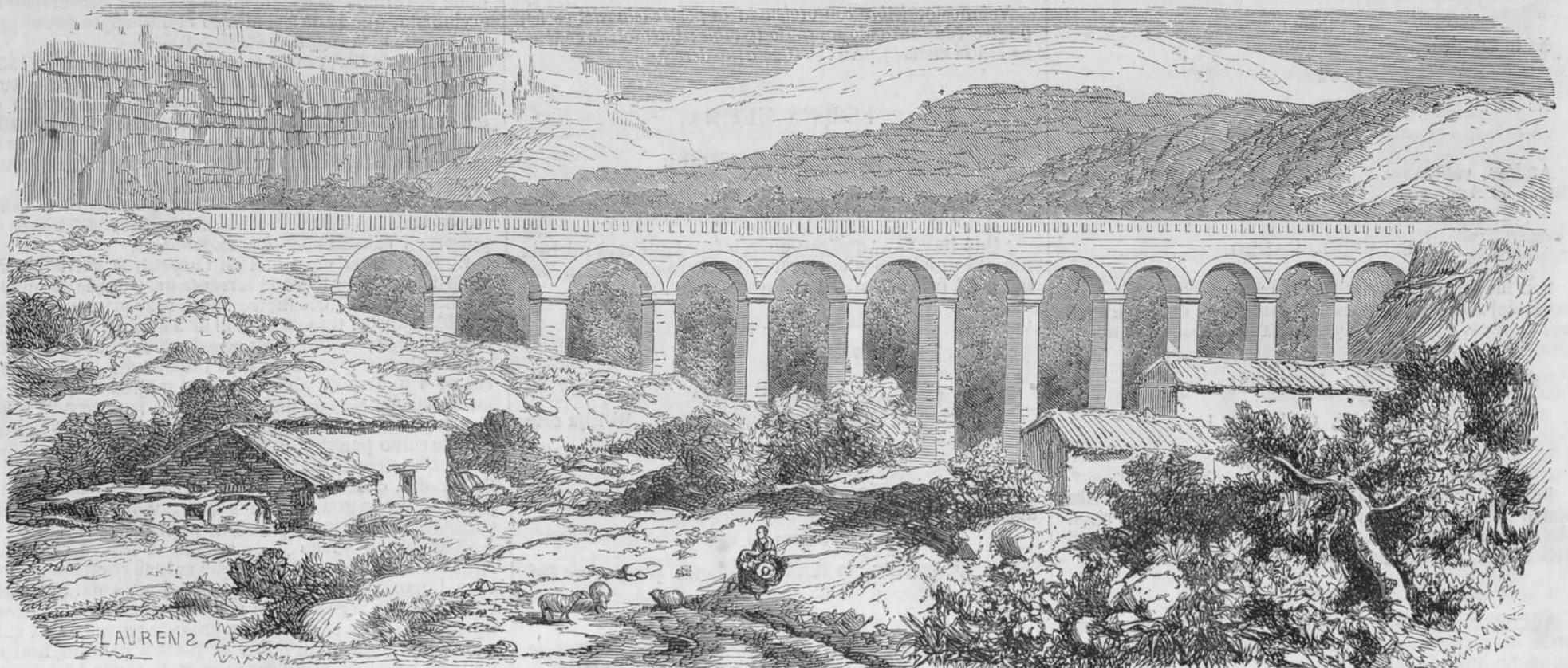
Desde por la mañana atravesaban el camino una porción de carruajes rústicos; una población alegre y robusta llegaba por todas partes; las barcas trasladaban á

los viajeros de una orilla á otra del Sorgue, en tanto que muchos hombres, mujeres y niños, desafiando los peligrosos efectos del vértigo, circulaban por las márgenes del canal en lo alto del acueducto.

La gendarmería acudía por un lado, y los bomberos de Pernes por otra con una excelente música militar á la cabeza. Los ingenieros con sus casacas bordadas, los alcaldes con sus fajas tricolores, el prefecto de Vaucluse, el arzobispo de Aviñon y una porción de hacendados ricos de la comarca, de frac negro, estaban ya reunidos á las nueve de la mañana. El arzobispo subió al altar y dijo la misa al sonido de la música militar. Las cigarras intervenían estrepitosamente en el concierto.

Concluida la misa, el cortejo se fue bajo la tienda que se había levantado sobre el acueducto, y el arzobispo dió su bendición á la obra. — En seguida se bajó de la tienda, y principiaron los almuerzos; elegantes colgaduras prestaron un abrigo á las autoridades, las demás personas se sentaron á la sombra de los sauces ó orillas de las aguas del Sorgue, y la alegría era la misma en todos.

Concluido el almuerzo varios visitantes y las autoridades fueron á Carpentras, donde hubo banquetes, fuegos artificiales y bailes para festejar á la vez una patrona local, la reunion del comité agrícola, y sobre todo la inauguracion del canal. J. B. L.



Acueducto de Galas á la entrada del valle de Vaucluse.

Exposicion de bellas artes de 1857.

(Véanse los números 236, 237, 238 y 239.)

M. BAUDRY primer gran premio de Roma en 1850, ha enviado cuatro cuadros á la exposicion. El mas importante de ellos es el *Suplicio de una vestal* que formaba parte de los envíos de Roma del año último. En nuestro número 200 se encuentra el dibujo de esta composicion con el exámen crítico correspondiente. — M. CARLIER semuestra partidario de la pintura enérgica y severa, y esta pretension se halla claramente manifestada en su gran cuadro titulado *Locusta probando venenos en un esclavo*; escena de tres personajes tan envuelta en las sombras de la noche que cuesta trabajo distinguirla. En este lienzo se nota ausencia de colorido; parece que está pintado con blanco y negro nada mas. — M. GARIPUY, pensionado por la ciudad de Tolosa, en Roma, ostenta un talento grande de composicion en su cuadro de la *Marcha de Atila*. Sus numerosas figuras se hallan bien dispuestas, aunque el dibujo y la ejecucion dejan bastante que desear.

M. MATOUT ha expuesto dos grandes cuadros que representan el primero: *Lanfranc, cirujano del siglo XIII* que arrojado de Milan por las discordias civiles vino á Paris en 1295 y abrió los primeros cursos de cirugía que ha habido en Francia; y el segundo *Desault, cirujano de fines del siglo XVIII*, instituyendo la primera clínica quirúrgica en el Hotel-Dieu de Paris, y demostrando á sus discípulos el aparato que inventó para las fracturas del muslo. Estas composiciones forman con



Exposicion de 1857. — Rafael y la Fornarina, cuadro por M. Jeanron.

la de Ambrosio Paré aplicando por la primera vez la ligadura á las arterias despues de una amputacion, el complemento del ornato del anfiteatro principal de la Escuela de Medicina de Paris.

M. SIEURAC es, segun el catálogo, un discípulo de Pablo Delaroché; pero en el gran cuadro que ha consagrado á representar el asunto alegórico del *Renacimiento de las letras y de las artes*, se encuentra un imitador de Pablo Veronés. Su colorido es bastante vivo y de un aspecto general armonioso. Pero su dibujo es muy débil. — M. SCHRADER, discípulo de las academias de Berlin y de Dusseldorf, ha dado pruebas de talento y de saber en el desempeño de su cuadro titulado la *Tentacion*, que es una verdadera obra de artista.

CUADROS REPRODUCIDOS EN ESTE NÚMERO.

M. JEANRON: — *Rafael y la Fornarina*. Esta composicion es de puro capricho, el artista ha inventado las fisonomías de la Fornarina y de Rafael. Esa joven delicada no tiene nada de comun con la vigorosa y bella cabeza de la Tribuna de Florencia; pero no consiste en eso la falta de exactitud, pues falsamente se ha designado esa cabeza bajo el nombre de Fornarina; M. Constantin (*Ideas italianas sobre algunos cuadros célebres*), ha demostrado que debia ser una copia del Giorgion, y aun seria evidentemente una repeticion hecha por él, con algunos cambios, si la fecha de 1812 puesta en ese cuadro famoso no desvaneciera esta suposicion, habiendo muerto él un año antes. Para todos los que han podido admirar larga-



Un saltimbanqui de la edad media, cuadro por M. Brion.

mente esa pintura maravillosa, no hay mas que una interpretacion posible, y es que el retrato fué pintado ó terminado por Sebastian del Piombo despues de la muerte de Giorgion. Esta suposicion tiene para nosotros el valor de la verdad por la imposibilidad de explicar de otra manera la profunda intensidad de tono de la pintura, que pasa del estilo ordinario de Rafael. Insistimos aquí sobre esto, porque es preciso concluir con el antiguo error que atribuye esa cabeza á Rafael.

Volviendo á la Fornarina de M. Jeanron, si es cierto que tenia derecho para no parecerse á la de la Tribuna de Florencia, al menos debia estar modelada segun el retrato que se ve en Roma en el palacio de Barberini, si es que el artista queria entrar en las condiciones de la realidad. Pero es evidente que sin pensar en seguir la verdad histórica mediante una imitacion fiel de los retratos de la época, solo vió en la escena un pretexto para trasladar al lienzo el bello ideal de la mujer tal como él le concibe. De aquí una primera impresion de sorpresa para el espectador que no encuentra un tipo conocido, aunque en verdad peligroso de reproducir copiándole del pintor de Urbino. En el cuadro de M. Jeanron Rafael está representado contemplando á su Fornarina despues de haberse inspirado de sus hechizos para trazar el boceto de la figura de Galatea que pintó al fresco en la Farnesina. M. Jeanron ha querido esparcir en su obra una armonía suave; su colorido es ligero y el modelado débil; habríamos deseado ver allí algo de mas acentuado y mas robusto, pero se descubre mas una pretension á la elegancia y á la delicadeza. M. Jeanron ha expuesto tambien varios cuadros de menores dimensiones, y entre ellos debemos citar el que representa á *Fra-Bartolomeo*.

M. BRION: — *Un saltimbanqui de la edad media*. Un corrillo de toda clase de gente se halla pintorescamente agrupado para ver las proezas de un farsante de otros tiempos. La reunion presenta un espléndido conjunto de vestiduras antiguas, de capas remendadas y harapos de toda especie cuya ejecucion tiene una importancia á la cual se han sacrificado un poco las cabezas de los individuos. Este curioso cuadro es de un colorido sólido y de un conjunto armonioso. J. D. P.

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA.

Discurso del Excmo. señor marqués de Molins.

(Conclusion).

Si ni aquellas noticias biográficas, descubiertas por el señor Guerra y abonadas por el mismo Cervantes, os satisfacen; si la razon histórica que yo he procurado exponer no os convence, haced, en fin, comparecer á ambos autores, que aun vivos están en sus obras. Celebrad con ellas una especie de careo, y la verdad quedará patente, y la causa fallada por el sentido comun, que es á la vez inocente y justiciero, inducto é inspirado, niño y profeta como Daniel. Demandad á ambos contendientes, La Torre y Quevedo, la descripcion del sitio en que presenciaron los arrebatos de amor de la casta poesía; y bien que uno y otro nombren (mas entendidos que los viejos de la Escritura) las mismas plantas y las mismas fuentes, todavía el color será tan diverso, las señas tan contradictorias, que fácilmente aparecerá la impostura. La Torre, pintando la Yedra, os dirá:

Viva yo siempre así con tan ceñido
Lazo, Filis, contigo, como aquesta
Yedra inmortal, en esta encina puesta,
Que le enreda su tronco envejecido.
Mira allí un olmo seco, y un florido
Junto á la fuente, que una vid le presta
Hermosura y valor; y tú dispuesta
A perseguirme, pónesme en olvido!
Por tí, cruel, olvido mi ganado,
Y le dejo sin guarda del ardiente
Lobo cruel (ganado que tu amaste),
Un cabritillo deste coronado
Monte ví yo llevar; lloré, y presente
A mi dolor, soberbia, te gozaste!

¿Cabe mayor naturalidad en el lenguaje, mayor sencillez, y por decirlo así, mayor inocencia en las imágenes? Pues veamos ahora cómo Quevedo describe la misma planta, la propia escena, iguales sentimientos.

Esta yedra anudada que camina,
Y en verde laberinto comprehende
La estatura del álamo, que ofende
(Pues cuando le acaricia, le arruina).
Si es abrazo ó prision no determina
La vista, que al frondoso halago atiende;
El tronco solo si es favor entiende,
O cárcel, que le esconde y que le inclina.
¡Ay, Lisi! Quien me viere enriquecido
Con alta adoracion de tu hermosura,
Y de tan nobles penas asistido,
Pregunte á mi pasion y á mi ventura,
Y sabrá que es prision de mi sentido
Lo que juzga blason de mi locura.

Aquel verde laberinto, aquella estatura del álamo, aquel halago frondoso, y los retruécanos, y los conceptos, y la intencion misma filosófica, ¿no os parecen, se-

ñores, el colorete con que en vano se quiere imitar la frescura de la juventud?

Pues oid ahora cómo describe La Torre un sitio campestre:

Esta es, Tirsis, la fuente do solia
Contemplar su beldad mi Filis bella;
Este el prado gentil, Tirsis, donde ella
Su hermosa frente de su flor ceñia.
Aquí, Tirsis, la vi cuando salia
Dando la luz de una y otra estrella;
Allí, Tirsis, me vido; y tras aquella
Haya se me escondió, y así la via.
En esta cueva deste monte amado
Me dió la mano, y me ciñó la frente
De verde yedra y de violetas tiernas.
Al prado, y haya, y cueva, y monte, y fuente
Y al cielo desparciendo olor sagrado,
Rindo de tanto bien gracias eternas.

Dado que estos versos sean traducidos del italiano, su lenguaje, señores, ¿no os parece tan natural y sencillo como el murmullo mismo de la fuente que describe? Pues escuchad el de Quevedo:

Esta fuente me habla, mas no entiendo
Su lenguaje ni sé lo que razona;
Sé que habla de amor y que blasona
De verme, á su pesar, por Flori ardiendo.
Mi llanto, con que crece, bien le entiendo,
Pues mi dolor y mi pasion pregona;
Mis lágrimas el prado las corona,
Vase con ellas el cristal riendo.
Poco mi corazon debe á mis ojos,
Pues que dan agua al agua, y se la niegan
Al fuego que consume mis despojos.
Si no lo ven, porque llorando ciegan,
Oigan lo que no ven, á mis enojos;
Déjanme arder, y la agua misma anegan.

¿Pobre agua, diremos nosotros, pasada por tales alambiques; pobre fuente, tan bien retratada por La Torre, y cuyo lenguaje dice Quevedo que no entiende, y tiene razon!

Pero si la diferencia de lugar no os prueba, señores, la coartada, pedid á ambos poetas señas de tiempo, y la vereis mejor; pues dado que uno y otro os hablen del verano, hartó notareis que entre una estacion y otra media un siglo de intervalo.

Comparad la bella descripcion de La Torre, de que se ha hecho cargo el nuevo académico, con la que apuntaremos de Quevedo, y no os quedará sombra de duda.

En el verano dice La Torre:

El regalado aliento
Del bullicioso céfiro, encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado,
Este de flor y aquel de olor sagrado.
Todo brota y extiende
Ramas, hojas y flores, nardo y rosa;
La vid enlaza y prende
El olmo, y la hermosa
Yedra sube tras ella presurosa.

Y Quevedo describe la misma estacion en los siguientes términos:

Ya la insana Canícula, ladrando
Llamas, cuece las mieses, y en hervores
De frenética luz los labradores
Ven á Porcion los campos abrasando;
El piélagos, encendido, está exhalando
Al sol humos en traje de vapores;
Y en el cuerpo la sangre y los humores
Discurren sediciosos, fulminando.

Basta, señores: estos ladridos de llamas, estos hervores de luz, estos humos exhalados en traje de vapores, ¿qué os parecerán, contrapuestos al regalado aliento del céfiro, encerrado en las hojas, y á la estacion benigna, á cuyo influjo todo brota y extiende ramos, hojas y flores, nardo y rosas?

¿Que valdrá, en contra de esto, la malicia con que se han rebuscado versos iguales en uno y otro autor? Valdrá, sí, pero para probar lo contrario de lo que se pretende.

Si La Torre, compadeciéndose de una cierva herida, concluye una estrofa diciendo á la desventurada:

Dióte el cielo dolor y dióte vida;

y de este verso se apodera Quevedo para comenzar un soneto, lleno de alambicados conceptos, se deducirá solo la pureza del original, la corrupcion de la copia, la prioridad del petrarquista, la posterioridad del gongorino; la diferencia, no la identidad de ambos.

¿Qué valdrán unas cuantas estrofas, rebuscadas acá y allá como piedrecillas de canteras distintas, y acomodadas luego á guisa de mosaico, pero que así y todo braman de verse juntas, y testifican la diversidad de su origen? Velazquez adereza de este modo una que llama cancion, cuyo primer verso, de Quevedo,

Pues quitas, primavera, al año el ceño.

contiene ya una marca de conceptismo y una paronomasia, que no hallarán sus semejantes en todo el libro de La Torre. Este, en cambio, reclama contra su disertor con tan naturales quejidos, cual nunca usó el insigne

poeta madrileño. No parece sino que es La Torre quien le dice á Velazquez:

¿Quién sentirá mi pena
Si quien es causa della me condena?

No hará tal la Academia; antes bien, fundada en datos biográficos claros, guiada por razones históricas irrecusables, apoyada, en fin, sólidamente en el veredicto del sentido comun, fallará que Quevedo no fué, no pudo, no debió ser el buen Francisco de la Torre. No lo fué, porque sus hechos son diversos; no lo pudo ser, porque no alcanza el hombre á apartarse así del siglo y de la sociedad en que vive y de la atmósfera en que respira; no debió, en fin, serlo, porque aun dado caso que ese poder casi divino alcanzase Quevedo, con usar de él hubiera faltado al primer deber del hombre de letras, mas aun á la sagrada mision (como ahora se dice), al *quid divinum* del poeta, esto es, al don de influir con sus obras en el modo de pensar, de hablar y de obrar de sus contemporáneos.

Y ¿para qué, señores, el anacronismo que se pretende? Quevedo, con sus equívocos, con sus antítesis, con sus conceptos, con su estilo, en fin, hablaba el lenguaje de todos; todos le entendian, todos le admiraban; do quiera penetraba, do quiera influía. El solo con sus jarcas y sus agudezas ejercía en aquel tiempo el ministerio confiado al periodismo de la oposicion; él solo manejaba con facilidad y con éxito la palanca que hoy mueve con dificultad la prensa toda. Compró su oficio con desengaños y persecuciones; por ejercerlo fué condenado (segun él dice) mas aun que á morir, esto es, á morir. Conquistó con tormentos la palma del martirio; ¿quereis que la trueque por un ramillete de flores silvestres? ¿No os parece, señores, que fuera en él cobardía, y no erudicion, el cambiar el látigo de Juvenal por el caramillo de Garcilaso? No lo hizo; y segun el dicho del inolvidable académico don José Muso, siguió en ello su vocacion poética, que tambien viene de Dios. No lo hizo, porque presintió instintivamente el consejo que Quintana daba á sus poetas:

Y si quereis que el universo os crea
Dignos del lauro en que os ceñís la frente,
Que vuestro canto enérgico y valiente
Digno tambien del universo sea.

Canto enérgico: fué tanto el de Quevedo, que sonó desde los calabozos hasta los alcázares; que inquietó á sus opresores, solazó á los oprimidos, y se grabó en la memoria de todos, grandes y pequeños, propios y extraños. Canto valiente: y tanto, que desenmascaró todos los vicios, combatió todas las tiranías; y esto, señores, marchando á través de persecuciones, y abrumado de años y enfermedades, con una fuerza, una audacia y una singularidad que son prenden al cantor mismo de Trafalgar y de la imprenta.

Así considerado Quevedo, confesadme que La Torre queda á gran distancia.

Pero al llegar á este punto, permitidme que, sorprendido por los nombres que se han escapado de mi pluma, haga al público confidente de mis sensaciones. Quintana y Muso, La Torre y Quevedo!

Quintana: el crítico concienzudo, el inspirado poeta, cuyo puesto aun está vacante en este recinto, y quedará vacío en la posteridad; pero cuya memoria, unida á los grandes acontecimientos contemporáneos de nuestra patria, vive en todos los ánimos. Muso: el sabio profundísimo, el laborioso académico, el inolvidable erudito, á quien echamos menos casi en todas las sesiones, pero cuyo nombre oyen quizás muchos por la primera vez. Quevedo: el filósofo que respetan los ancianos, el poeta que aman los jóvenes, el político que consultan los repúblicos, el sabio que conocen todos como si viviera entre nosotros. Francisco de la Torre: cuya existencia misma ha sido hasta hoy un problema. Todos ellos me mueven á remontarme hácia el origen de esa misteriosa corriente con que la fortuna arrastra el nombre y las obras de los ingenios, salvando unas, dejando sumergirse á otras. ¿De qué manera, me pregunto á mí mismo, ha llegado hasta nosotros la fama de Macías, venerado de los amantes desgraciados, sin que sus obras se salven para servir á su culto de reliquias? ¿De qué modo, por el contrario, el poema del Cid eterniza los hechos del Aquiles castellano, dejando perderse en el olvido el nombre del Homero que rudamente como pudo lo inmortalizó? Y aun de mas arriba, ¿cómo el poeta legislador Horacio, en un mismo verso une la fama de Virgilio y de Varro, y la posteridad salva de las llamas y recibe casi íntegras las obras del uno, á su pesar, mientras pregunta dudosa si pertenece al otro una desencajada docena de exámetros?

¿Será, señores, que hay en el orden moral, al par que en la naturaleza, rios caudalosos que, como el Tajo, llevan su corriente entre el fragor de las cascadas, entre el aroma de los jardines, entre la majes ad de los montes, el bullicio de las ciudades y la riqueza de los campos; y otros, como el Guadiana, tan modestos, que ocultan su caudal, sin dejar mas indicios de su curso que la feracidad de las llanuras por donde calladamente se deslizan? En tal caso, señores, los cuerpos científicos obran cuerdatamente siguiendo el bien dirigido ímpetu de la fama; pero proceden con igual justicia y con mayor generosidad apartando la arena del olvido, cavando la tierra y la broza que acarrear el tiempo y la envidia, para sacar á luz esos caudales que inútil y oscuramente se perdieran.

¿Será que el culto de las letras, como el de la religion, tiene por una parte pontifices, que lo ejercen y

predican en medio de las turbas, al ruido de los órganos, entre el humo de los incensos; y por otra, solitarios y anacoretas, que en el yermo del estudio, con la penitencia de un trabajo incesante elevan un corazón puro y consumen una vida preciosa? Entonces estas asambleas, á su vez obran como fieles, contribuyendo á la pompa del culto, dando incienso y doblando la rodilla ante los apóstoles de la civilización; pero proceden como casi inspiradas, cuando atravesando el desierto de la ingratitude, van á coronar á estos ungidos de la ciencia, á estos mártires de la laboriosidad; y los presentan por ellas laureados á la veneración pública, como hoy hace con Francisco de la Torre y con don Aureliano Fernandez Guerra la real Academia española.

Voy á concluir, señores; pero no sin rogar á esta elevada corporación que, al terminar en el corriente año sus tareas, defina ya de un modo documental é inapelable la contienda presente. Ni callaré sin exhortar al nuevo académico á que continúe con ánimo su carrera: estímulos deben ser para él mas poderosos que mi voz la justicia con que ha recompensado sus afanes el primer cuerpo literario de España, la benevolencia con que el público le ha oído, la oportunidad, en fin, con que la Providencia ha puesto en sus manos testimonios irrecusables de la verdad que queria probar. Y hablo, señores, de la Providencia, porque yo veo que su inmensidad rige el órden físico como el órden moral. Ella preside al eterno giro de innumerables astros, como al escondido movimiento de una modesta violeta: ella guía á los inventores que, cual Colón y Newton, modifican el modo de ser de la humanidad; y á aquellos que dilucidan un punto imperceptible de la historia ó de la literatura. Basta á alcanzar su soberano auxilio el no vendarse los ojos con un orgulloso escepticismo, sino seguir con intención sana el camino de la verdad.

Y vosotros, señores, en fin, recibid el testimonio de mi gratitud por la indulgencia con que me habeis oído, contribuyendo con vuestro tácito asentimiento á la solemnidad de un fallo que, no la Academia, sino la historia, la razón y el sentido comun tienen dictado. Pero si al salir de este juicio, como de ordinario acontece, queréis investigar el móvil que ha impelido á cada uno de los contendientes, permitidme que os dé la clave para descubrirlo.

Nos apasionamos de los escritores y poetas como de actores que son en la gran comedia del mundo, y cada cual gusta de arrojar al suyo favorito un ramo de las flores que tiene á mano. Si alguno puede en esto llevar ventaja á los demás, es Quevedo, por la popularidad misma de su nombre; y así es que no hay sugeto decidior y bromista que no le atribuya parte de las agudezas y anécdotas anónimas que pasan por mas chistosas; ni se halla erudito aficionado á investigaciones curiosas que no le busque ó le entrevea en conspiraciones é intrigas de aquellos enmarañados tiempos. Pues bien: algo de esto acontece á tres de sus mas ilustres apasionados. Tarsia, su primer biógrafo, refiriendo una desgracia que en no sé qué función ecuestre aconteció á no sé cuál gineete que calzaba las espuelas con que fué amortajado el satírico, atribuye á este, á Quevedo, señores, olor de santidad y acaso don de milagros... Es que Tarsia escribía en el tiempo de las canonizaciones y de los prodigios. Hoy corren otros vientos: vivimos en el siglo de los diccionarios biográficos y de los libros estereotípicos, y el señor Fernandez Guerra ha ofrecido al Luciano español una vida veraz y una edición correcta. Velazquez, entre uno y otro, vivió en tiempo de la invasion de los escépticos, cuando se disputaba á los autores sus obras, á los héroes sus hazañas, á Dios mismo sus atributos. En medio de este universal saqueo halló caídas, y sin dueño conocido, una zampoña pastoril y una corona de mirtos; y de ellas hizo presente al asendereado señor de la Torre de Juan Abad. No culpeis, señores, á Velazquez. ¿Qué mucho que tomase el nombre de Francisco de la Torre por un disfraz, en época en que el Cid Rui-Díaz pasaba por un mito y la religión misma por un sistema planetario?

Boletín científico.

HIGIENE DOMÉSTICA: — Un excelente café higiénico obtiéndose de la manera siguiente: Se tomará libra y media de buen trigo; centeno y cebada media libra de cada clase, para despues de limpiadas las semillas perfectamente de polvo y demás broza, echarlas en agua fria, procuran lo que no quede ninguna de ellas á flor. Al cabo de algunas horas de haber permanecido en infusión, se arrojara el agua y se pondrán los granos á secar, ya sea al sol ó sobre una estufa, para despues tostarlas en un tambor de café en la disposición que esté. Antes de proceder á su molienda hay que agregar todavía un cuarteron de cacao purificado. Se molerá este café, para prepararle, mas ó menos fuerte, como el ordinario, en la inteligencia que resulta una bebida muy sana y á la vez nutritiva.

BOTANICA: — Hé aquí las observaciones principales que M. Fabre ha hecho acerca de la fosforescencia del agarico del olivo. Contrario á lo manifestado anteriormente por Deville, pretende Fabre que la fosforescencia no es intermitente, sino que es continua, tanto de dia como de noche. Este fenómeno no es debido ni á la acción del brillo solar, ni al estado higrométrico del aire, y sí ejerce una influencia sobre él la temperatura entre ciertos límites ó grados. Asimismo desaparece la fosforescencia instantáneamente en el hidrógeno, en el ácido carbónico, en un espacio que no contiene aire; pero tan pronto como este vuelve á ejercer su influencia sobre él, se reproduce el estado fosforescente. El

agarico en cuestion, teniendo en fosforescencia completa, surte una cantidad de ácido carbónico muy superior al que exhala cuando no es fosforescente. Una inmersión breve en cloro destruye completamente la fosforescencia.

ORNITOLOGIA: — Examinando el príncipe Ch. Bonaparte una colección de aves, cogidas por M. Edelstan Jardin, en el archipiélago de Mandane ó de las Marquesas, hallóse con una paloma de especie absolutamente desconocida aun, y dedicándola á M. Serres, dióla el nombre de *Serresius galeatus*. Esta paloma, que los kanaks de las Marquesas designan bajo el nombre de *Upe*, se distingue por un órgano singular que tiene en la parte inferior del pico, y que consiste en una membrana revestida de plumas en forma de escama. M. Jardin la coloca en la serie de los carpófagos, antes de la especie *Globicera*. Esta ave, manjar muy sabroso, se encuentra preferentemente en la parte occidental de la isla de Nouka-hiva. Díjose á M. Jardin que en Otahiti hay un número extraordinario de estas palomas.

PATOLOGIA: — El teniente de marina prusiano A., hallándose de campo con unas damas, divirtiéndose por un momento enseñando á las mas jóvenes de la reunion, cuando mas descuidadas estaban, una rana que habia cogido junto á un pequeño arroyo inmediato, con lo cual, lanzando gritos, corrian de un lado á otro. Luego que ya habia arrojado el animal, acertó casualmente á tocar con la mano una ulcerita que tenia en un labio, y hé aquí que instantáneamente sintió un dolor agudísimo en ella, dolor que fué aumentándose por momentos. Volvió en seguida á la ciudad, y llamando incontinenti á un facultativo, creyendo este poder atajar los progresos de la inflamación, le operó sobre la marcha; mas en vano, y luchando el desgraciado con dolores en extremo vehementes murió al cabo de dos dias. La ciencia médica tiene, dice el periódico alemán que da esta noticia, un problema interesante que resolver acerca de la especialidad de este caso.

— En Hungría se observó últimamente un fenómeno, una fata morgana que duró 35 minutos. La iglesia de San Martin en Simand, distante hora y media del punto en que fué hecha la observación, apareció tan cerca, que se pudieron leer distintamente las letras de los sepulcros en el cementerio, con proporciones colosales, creyendo la gente que aquel fenómeno era precursor del fin del mundo.

HISTORIA NATURAL Y VIAJES: — En Paris ha recibido la sociedad imperial de aclimatación de uno de sus individuos, el obispo de Manchouria, 300 capullos de gusanos de seda, de los que viven en las encinas del Norte de China. Se diferencian completamente de los que reciben su desarrollo en las encinas de la India; y ahora que las moreras y los gusanos padecen de enfermedad, es de mucha importancia esta nueva clase de Manchouria.

— El gobierno de Chile costea una expedición científica al Rio-Negro en Patagonia, con el objeto de estudiar la posibilidad de un canal que una el Atlántico con el Océano Pacífico y evite la vuelta del cabo de Hornos. Dirige esta empresa un tal Cop, que lleva consigo 20 hombres y cinco botes bien pertrechados de víveres y de armas.

— Es una observación hecha de mil maneras que los animales, las plantas y las piedras tienen cierta dependencia entre sí. No solo por el clima, por la propiedad del terreno, por los rios y por el mar se explica su procedencia ó relación íntima, sino que las leyes de la naturaleza son las que determinan y unen la existencia de los unos con la de los otros. En el reino inorgánico sorprende esta relación mas aun que en el orgánico; así sucede que en toda la tierra se asocian constantemente unos minerales con otros, y de aquí que la sal fósil vaya acompañada de yeso anhidro, arcilla y dolomita. Esto no se limita á un punto dado de la tierra, sino que lo mismo tiene efecto en Suecia y Noruega, que en América ó Asia. El conocimiento de la comunidad en que se producen ciertos minerales, fué lo que hizo presumir al baron de Humboldt en su viaje al Ural la existencia del diamante del platino, del Iridio y del Rodio. Aquellos países guardan analogía en su carácter geológico con las tierras bajas del Brasil, y en la naturaleza hay indudablemente ciertas leyes que se extienden con igual fuerza desde lo alto de las montañas hasta lo profundo del mar, desde las inhabitables regiones heladas, hasta los arenales abrasados por los rayos del sol, lo mismo en los bancos de corales que en lo interior del volcan, y no se limitan á nuestro globo, sino á los millones de astros que le rodean: los meteoros entre sí observan la misma correspondencia que nuestros minerales, existen en algunos la Olivina, un mineral que encontramos en el basalto.

Se ha observado que un mineral cubre á otro; el sobrepuerto es de origen posterior: relación que se demuestra en grande por las formaciones geognósticas y en pequeño por formas especiales que pertenecen al dominio de la ortotocnosia. En ciertas cuevas encontramos minerales que se forman por la descomposición química, á cuya clase pertenecen ciertos extractos de espato calizo, las llamadas estalácticas y estalacmitas, que son unas concreciones de carbonato cálcico, de forma prolongada: las aguas cayendo al suelo producen una costra desigual, y si contienen mucha cal, incrustan cuanto tocan.

— La atención pública ha tomado gran interés en el viaje al rededor del mundo que por primera vez emprende un buque austriaco, del que se puede sacar utilidad científica. El dia 30 de abril se dió á la vela la fragata *Novara*, acompañada de la corbeta *Carolina* y remolcada por el vapor de guerra *Lucia*, con dirección á Rio Janeiro. Daremos algunos detalles acerca de este buque que lleva á bordo personas muy notables y va pertrechado de todo lo necesario para una tan larga navegación: fué botado al agua en el astillero de Venecia; tiene 147 pies de longitud, 47 de ancho, 19 de profundidad, y 44 cañones, pero no lleva mas que 20 para este viaje, dejando ese espacio para camarotes de los naturalistas, gabinete de lectura, etc. Hace 1,800 toneladas; 23

de carbon de piedra, bastantes para 159 dias de navegación: 86 de agua potable, aparte de un aparato destilatorio que da 200 cubos diarios: galleta, 59,965 libras, para 145 dias: vino, 8,777 azumbres, para 50 dias: rom 7,913 azumbres, para 226 dias: 17,800 libras de carne salada para 150 dias; 5,760 libras de carne de cerdo para 37 dias; 16,000 libras de carne conservada en latas, para 122 dias: 6,850 libras de arroz, para 77 dias; patatas, harina, cacao, azúcar, sal, legumbres, etc., todo en proporciones colosales.

La tripulación se compone de 354 personas: la comisión científica la representa el archiduque Fernando Maximiliano, y por comisión suya el doctor Scherzer, encargado de la parte etnográfica económica y redacción del diario á bordo: el pintor Lelleny, por la Academia de ciencias; Hochsteller, para la geología y la física; Frauenfeld para la zoología.

Provista la fragata de cuantos instrumentos é instrucciones privadas de sábios pueden hacer fructífera esta misión, navega hasta ahora con felicidad y con brisas favorables que la han llevado ya al estrecho de Messina y despues á la vista de Palermo. No podia empezar este hermoso viaje bajo mejores auspicios; obra que el cielo hasta ahora corona con la bendición, y que el noble príncipe presenta como principio de una nueva era para la marina de su país.

— Las instancias que Mme Franklin hace por escrito á los capitanes de los buques que se dedican á la pesca de la ballena para que hagan nuevas investigaciones acerca del paradero del *Erebus* y del *Terror* son del tenor siguiente: Habiendo traído noticias el año pasado del mar Artico los buques que hacen esta clase de pesca, dando indicios de que los esquimales de la parte occidental del Pondsby tenían idea de la expedición de sir John Franklin ó de la pérdida de sir Eduard Belcher, como lo acreditan tambien algunos objetos en madera y cobre hallados en manos de aquellos habitantes, informamos á los marinos ingleses y americanos que se dirigen á Pondsby, tengan en cuenta los datos referidos para descubrir la suerte del *Erebus* y del *Terror*, é inquirir si los europeos aun se internaron mas. Recomendamos esto tanto mas á los pescadores de ballenas, cuanto que la expedición particular que prepara Mme Franklin no tiene mas objeto que llegar lo mas pronto posible á los sitios en que como ya se sabe, desembarcaron los botes del *Erebus* y del *Terror* en el continente americano. Se recuerda que el salvamento del *Resolute* produjo, al capitán Henry, americano, unas 6,000 libras esterlinas, y que por consiguiente conseguido el descubrir los restos de los demás buques de la expedición, la ganancia seria mucho mas considerable. Para que las investigaciones no saigan fallidas, aumenta el interés Mme Franklin dando á los capitanes una cantidad de 500 libras esterlinas para distribuir entre los marineros que con valor demuestren á qué buques de los malogrados se refieren las noticias anteriores.

INDUSTRIA Y DESCUBRIMIENTOS: — A la academia de Paris se ha presentado un aparato para facilitar la vista estereoscópica, consistente en un papel con dos agujeritos del diámetro de cinco milímetros. Le coloca delante de un doble dibujo que se tiene en la otra mano y se aproxima á los ojos sin cesar mirando el dibujo por ambos agujeros.

— El nuevo antejo de larga vista de M. Hofman va adquiriendo por sus ventajas mucha reputación. Su inventor ha reducido á una tercera parte la excesiva longitud de los antiguos y no excede de seis pulgadas, lo que permite sostenerlo con una sola mano. Por medio de un muelle que se mueve con el mismo pulgar de la mano que tiene el antejo, se regula perfectamente para ver el objeto y no se cansa la vista, ni el brazo. Una escala da la distancia, dejando además conocer por medio de unos hilos internos la magnitud de los objetos.

— Una máquina de R. Ferrier en Jedburgdh raspa y limpia del cieno por sí sola las calles de una ciudad dejando en montones la parte de inmundicia á los lados de las mismas.

— En Maguncia se ha descubierto al abrir una cueva cantidad de sandalias, zapatos, grandes trozos de piel, piezas de lana y de hilo, cuchillos romanos, lanzas y otros objetos cubiertos con juncos y cañas á una profundidad de 12 pies. De un reconocimiento escrupuloso, resultaron ser de origen romano, y la piel se conserva tan perfectamente que puede trabajarse en ella. Es muy de notar la perfección de estos objetos, que el director del museo de Maguncia se ocupa en detallar.

NUOVO PROCEDIMIENTO PARA LA TRASFORMACION DEL TRIGO EN HARINA: — « Un religioso de las inmediaciones de Lion, muy versado en las ciencias químicas y físicas, estudiaba desde muchos años la solución del problema de la transformación del trigo en harina sin auxilio del molino. Casi habia obtenido ya su objeto, cuando sus estudios concluyentes en teoría no arrojaban prácticamente todos los resultados que al parecer prometían. En estas circunstancias fué á su lado M. Blancourt de regreso de largos viajes que habia hecho á diferentes países. El sabio religioso le comunicó su proyecto, sus esperanzas y las dificultades que experimentaba para poner en práctica sus cálculos. Le comprometió á trabajar por su parte, mientras él por la suya estudiaria la cuestión para arrancar á la naturaleza el secreto que habia adivinado y que era muy fácil proporcionar á la humanidad.

Uno y otro pusieron mano á la obra. M. Blancourt no es menos instruido y estudioso que su tio. Despues de dos meses en que hicieron notables ensayos y numerosas indagaciones, tio y sobrino se comunicaron los resultados de su observación. Desde luego reconocieron con satisfacción suma que el problema estaba resuelto, puesto que partiendo los dos de una misma teoría habian obtenido ambos un resultado práctico incontestable valiéndose de cálculos y experimentos análogos.

Entonces M. Blancourt se fue á Lion, y presentándose á uno de los principales comerciantes en granos le propuso

hacer en grande escala un ensayo de su procedimiento. Sus proposiciones fueron recibidas con chanza, y el inventor fué calificado de imaginario y delirante. Tal es el destino reservado á todos los inventores. Igual desengaño llevó en Marsella; sin embargo en esta ciudad encontró un especulador menos rutinario y mas previsor que le proporcionó los auxilios necesarios para llevar á buen término su proyecto, y por fin el éxito mas completo ha coronado los esfuerzos y la perseverancia de M. Blancourt. En pocos minutos puede ya una cantidad de trigo, por considerable que sea, ser convertida en harina.

En la primera parte de la operacion el trigo pierde su color amarillo, y se vuelve blanco como el arroz; en la segunda, el grano se abre, se disuelve en cierto modo y se cambia en harina de muy buena apariencia y de la mejor calidad. El pan que se amasa con ella, por los procedimientos comunes de la panadería, es muy agradable á la vista, al olfato y al gusto. Por el sistema Blancourt el trigo no

deja desechos; no produce salvado, y 100 kilogramos de grano dan 100 kilogramos de harina. M. Blancourt se encierra en un aposento cualquiera lleno de trigo con su instrumento ó aparato que es portátil; sale algunos minutos despues, y el trigo está ya convertido en harina. Es tan seguro este resultado que, si se quiere, un buque que llegase cargado de trigo no presentaria á la aduana mas que harina con tal que M. Blancourt tuviese algunos instantes para efectuar en el barco su operacion.

No se conoce agente alguno químico bastante fuerte para producir una disolucion tan pronta y completa; ni se explica tampoco por conjeturas esta trasformacion admirable sino por una aplicacion nueva de ese agente misterioso y poco conocido todavía, llamado la electricidad.

Se asegura que M. Blancourt quiere proporcionar *gratis* á Francia su precioso descubrimiento con la condicion de que el gobierno le facilite contratos ventajosos con los demas países á los cuales hará partícipes de su secreto. »

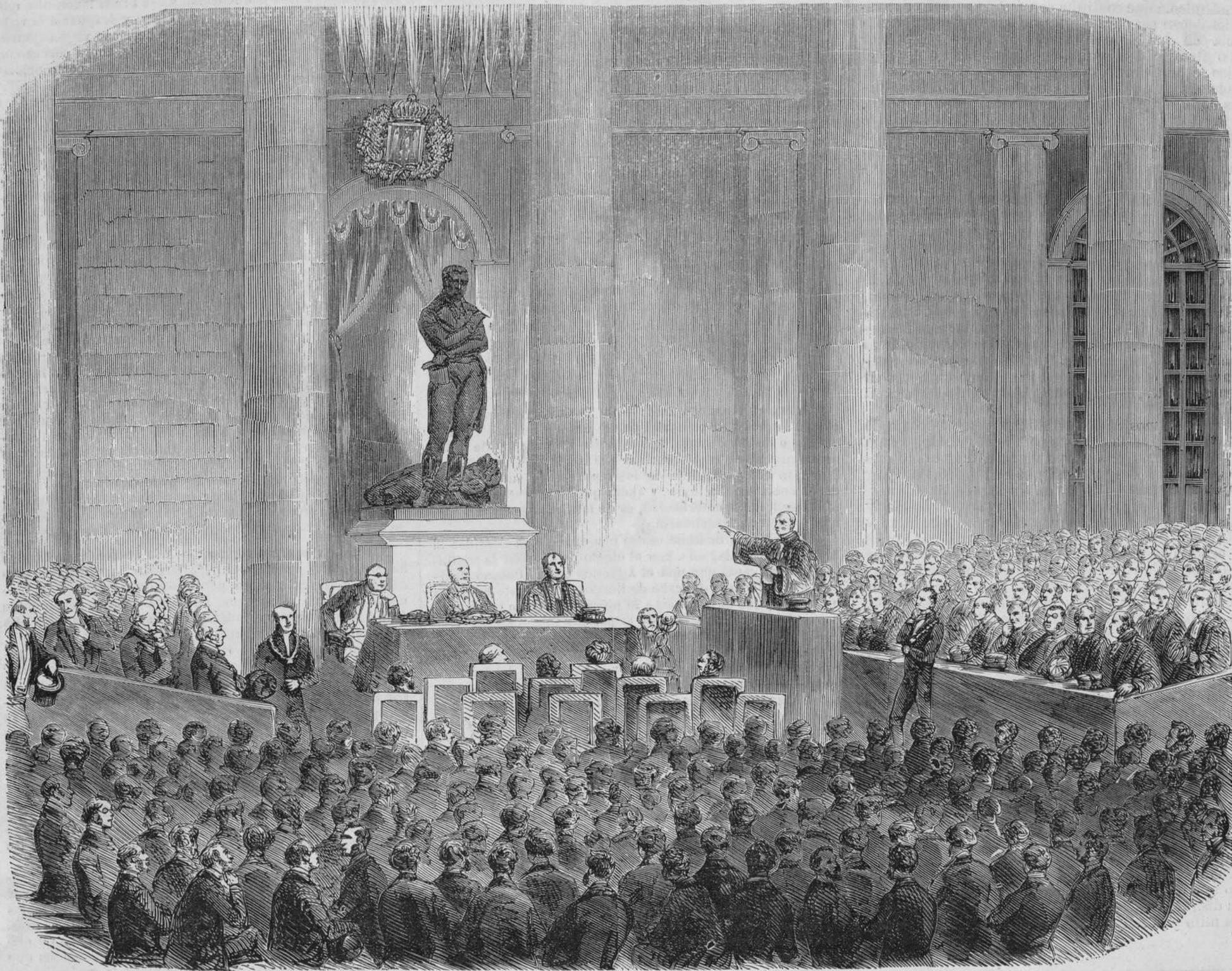
Inauguracion de la estatua de Bichat

EN LA FACULTAD DE MEDICINA DE PARIS.

El 1845 los médicos de la Francia se reunian en un congreso en Paris con el fin de establecer las bases de una organizacion medical en armonía con las necesidades de la sociedad y las exigencias de la profesion.

Habiendo tenido conocimiento esta asamblea imponente de que los restos de Bichat depositados en el antiguo cementerio de Santa Catalina, se hallaban á punto de ser dispersados por causa de la venta de los terrenos, decidió que los venerados depósitos serian conservados al culto piadoso de la familia medical y solemnemente depositados en el cementerio del Pere Lachaise, donde el consejo municipal, previa la proposicion de M. Arago, concedió para ello una sepultura perpétua.

Se hicieron al ilustre médico unos funerales magníficos en Nuestra Señora, y luego se abrió una suscripcion



Inauguracion de la estatua de Bichat.

para colocar en el seno mismo de la facultad de medicina de Paris, que toda ella se inspira del espíritu de Bichat, la estatua del hombre cuya vida tan corta y sin embargo tan brillante, parece pertenecer mas bien á la leyenda que á la realidad.

Para inaugurar esta estatua el 16 de julio último, recibieron esquila de convite todas las ilustraciones científicas que se reunieron en el patio de la Escuela de Medicina.

El vasto patio de la Facultad, gracias á un *velum* inmenso y á los tapices de los Gobelinos, se habia transformado en un salón adornado por M. Gisors con muebles de la corona. Grandes masas corales dirigidas por M. E. Chevé, celebraron las alabanzas de Bichat en una cantata cuya letra era del doctor Roux y la música de M. Elwart. La gendarmería imperial habia suministrado una orquesta cuyos instrumentos alternaban con el canto de los alumnos de M. E. Chevé.

En la ceremonia, presidida por el señor ministro de la Instrucción pública, se oyeron varios discursos frecuentemente interrumpidos por los aplausos de la juventud medical que deseaba poner en evidencia su culto

por las glorias nacionales y por los grandes principios de 1789.

M. A. Latour en nombre del Congreso medical y M. Larrey en nombre de la *Sociedad de emulacion medical*, entre cuyos fundadores se cuenta Bichat, hicieron vibrar grandemente esas cuerdas sensibles, el uno volviendo por la libertad, y el otro asociando á los homenajes rendidos al gran anatómico el nombre del artista popular cuyo patriotismo era igual á su genio.

Efectivamente, David de Angers era el autor de la estatua que se inauguraba; á él mas que á ninguno correspondia esa obra; ya en el fronton del Panteon habia colocado la figura de Bichat entre los grandes hombres honrados por la patria reconocida y habia reproducido los mismos rasgos para una estatua que desde el año 1843 adorna una plaza de Bourg.

La nueva obra del grande artista, que por desgracia es su última, representa á Bichat con el traje de la época, de pie, meditando y á punto de escribir una de sus páginas inmortales sobre la muerte, cuyo emblema medio cubierto con un sudario está detrás de él. En la fisonomía animada con los destellos del genio, el ar-

tista ha sabido imprimir la melancolía suave y poética que parece inherente á la existencia tan corta de Bichat, y á través del bronce se distingue la inspiracion que agita al *jóven divino*, segun la feliz expresion de M. Bouillaud.

La estatua colocada en el fondo del patio enfrente de la verja de entrada, descansa en un pedestal cuya cara anterior tiene la inscripcion siguiente que traducimos:

A

JAVIER BICHAT.

El Congreso medical de Francia

1857.

La ceremonia brillante por la reunion de hombres eminentes que se hallaban en ella, y por el gran nombre cuya memoria consagraba, fué una verdadera fiesta nacional en la que se rindió homenaje á la vez al genio de la ciencia y al genio de las artes. F. R.